3962

Lessing

Emilia Galotti

ACTO QUINTO, ESCENA VIII.

LESSING (1).

EMILIA GALOTTI,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

PERSONAS.

EMILIA GALOTTI.
EDUARDO, CLAUDIA, } PADRES DE EMILIA GALOTTI.
HECTOR GONZAGA, PRÍNCIPE DE GUASTALLA.
MARINELLI, CHAMBELAN DEL PRÍNCIPE.
CAMILO ROTA, CONSEJERO DEL PRÍNCIPE.
CONTI, PINTOR.
EL CONDE APPIANI.
LA CONDESA ORSINA.
PIRRO, CRIADO DE GALOTTI.
BAUTISTA, AYUDA DE CÁMARA.
ANGELO.
VARIOS CRIADOS.

La escena pasa en el gabinete del príncipe, en casa de Galotti y en una quinta de recreo del príncipe.

ACTO PRIMERO.

Pieza de despacho en el palacio del príncipe.

ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE.

(*Está sentado delante de su pupitre cubierto de papeles, de los cuales examina algunos.*)

¡Quejas! ¡peticiones!... siempre lo mismo: ¡peticiones y quejas!... ¡estoy aburrido!... ¡y hay aun quien envidie nuestra suerte!... No hay duda que seria buena y hasta envidiable si en nuestra mano estuviese satisfacer á todo el mundo. (*Abre un pliego y lee la firma.*) Emilia... Bruneschi... No es Emilia Galotti... pero con todo se llama Emilia. A ver qué quiere. (*Lee.*) ¡Oh! mucho me pide... mucho, en verdad.. Mas se llama Emilia, debe concedérsele. (*Firma el papel. Llama, y sale un ayuda de cámara.*) ¿Ha llegado ya alguno de mis consejeros?

AYUDA DE CÁMARA.

No, monseñor.

PRÍNCIPE.

Me he levantado muy temprano. Hace un tiempo soberbio, voy á salir: que enganchen un coche: me acompañará el marqués de Marinelli. Que se le avise. (*Vase el ayuda de cámara.*) No podria continuar trabajando... y estaba sin embargo tan tranquilo, ó cuando menos yo lo creia... Pero á una miserable Bruneschi se le antoja llevar el nombre de Emilia... y adios, mi sosiego y tranquilidad! (*Sale el ayuda de cámara.*)

AYUDA DE CÁMARA.

Se ha ido á casa del señor marqués.—Una carta de la condesa Orsina.

PRÍNCIPE.

¿De la condesa Orsina?... Está bien; dame esa carta.

AYUDA DE CÁMARA.

El portador espera.

PRÍNCIPE.

Mandaré la respuesta si la tiene... ¿Dónde está la condesa? ¿en el campo ó en la ciudad?

AYUDA DE CÁMARA.

Ayer llegó á la ciudad.

PRÍNCIPE.

Lo siento... quiero decir, me alegro. En este caso no tiene el portador por que esperar. (*Vase el ayuda de cámara.*) ¡Querida condesa! (*Toma la carta con amarga sonrisa, y sin dignarse abrirla la tira sobre los papeles de su pupitre.*) ¿Qué sacaré con leerla? ¿pues no sé todo lo que puede decirme? Algun dia creia amarla, y con todo... Tantas cosas se imagina y sueña la juventud... quizás la ame verdaderamente en otro tiempo... ¡pero en otro tiempo! (*Vuelve á salir el ayuda de cámara.*)

AYUDA DE CÁMARA.

El señor Conti pregunta si tendrá el honor...

PRÍNCIPE.

¿El pintor Conti? Bueno. Que entre al punto; me distraerá de ese pensamiento importuno.

ESCENA II.

PRÍNCIPE, CONTI.

PRÍNCIPE.

Buenos dias, Conti; ¿cómo va de salud, cómo os tratan las señoras musas?

CONTI.

¿Las musas, príncipe? las musas piden pan.

PRÍNCIPE.

¡Demontre! no será como decís, cuando menos en el pequeño territorio que me pertenece; pero tambien se necesita que los artistas quieran trabajar.

CONTI.

¡Trabajar, monseñor! es el placer del artista; á bien que la obligacion de trabajar en exceso degrada el talento, y el artista en tal caso no es mas que un artesano.

PRÍNCIPE.

No os pedimos un gran número de trabajos, sino algunos en que pongais toda vuestra atencion y cuidado... Un solo cuadro; pero que sea una obra maestra. ¿Pero indudablemente no venis ahora con las manos vacías, Conti?

CONTI.

Traigo á vuestra alteza el retrato que os dignasteis pedirme, y al propio tiempo otro que si bien monseñor no me lo pidió, creo que es digno de serle presentado.

PRÍNCIPE.

¿Y qué retrato os he pedido?... no recuerdo...

CONTI.

El de la condesa Orsina.

PRÍNCIPE.

¡Ah!... el encargo data de mucho tiempo, querido Conti.

CONTI.

¡Oh! nuestras bellas no están siempre visibles para su pintor. Y verdaderamente durante tres meses apenas he podido obtener una entrevista de la señora condesa.

PRÍNCIPE.

¿Dónde están los retratos?

CONTI.

En la antecámara; voy á buscarlos. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL PRINCIPE, *solo.*

Su retrato, bueno, al menos no será su persona. Quizá en su traslado encuentre lo que en ella no he podido encontrar... Pero á la verdad ¿quisiera encontrarlo?... ¡Maldito pintor! Calculo que se habrá vendido á ella. Si á pesar de todo, merced á la ilusion de los colores y al lápiz de Conti, lograse ese retrato conquistar en favor de la condesa el lugar que en mi corazon ocupaba, ¿no deberia mi gratitud recompensar á Conti? ¡Cuando amaba á Orsina corria tan dulcemente mi vida! ¡pasaban tan rápidas las horas! ¡tan gratas!... mas todo ha cambiado ahora, y ¡qué importa! mas ó menos

feliz, conozco que hoy valgo mas que entonces.

ESCENA IV.

EL PRINCIPE, CONTI *trayendo los retratos. Coloca uno de ellos apoyado en el respaldo de un sillon y presenta el otro al príncipe.*

CONTI.

Suplico á vuestra alteza que no olvide que nuestro arte tiene ciertos límites, y que gran parte del encanto de la belleza está fuera del alcance de nuestros esfuerzos. Colocaos aquí para mirarlo.

PRÍNCIPE.

(*Despues de algunos instantes de atencion.*) Bien, Conti, perfectamente; reconozco vuestro pincel, todo vuestro talento, pero en verdad, Conti, debo deciros que me parece muy favorecido, demasiado favorecido.

CONTI.

No lo juzga así la condesa, monseñor; y verdaderamente el retrato no está favorecido mas de lo que está en el deber del artista. El arte debe trasladar los objetos tales como los ha concebido el genio creador, tales como serian si en el tiempo de la creacion, la materia no hubiese opuesto ninguna resistencia á la docilidad que debiera tener, tales como serian siempre si les fuese concedido gozar de una eterna juventud, arrostrando los estragos del tiempo.

PRÍNCIPE.

Bravo, Conti. La filosofía añade un mérito mas á vuestro talento; deciais sin embargo, que el original de ese retrato no lo ha encontrado.

CONTI.

Perdonadme, príncipe: el original es una persona que tiene derecho á todo mi respeto y consideracion. Dios me libre de expresar nada desagradable para ella.

PRÍNCIPE.

Bien, como mejor os plazca. Pero en fin ¿qué ha dicho de mí la condesa?

CONTI.

Estoy contenta, me ha dicho, con tal que no me encuentre horrorosa.

PRÍNCIPE.

Si no la encuentran horrorosa... ¡Ah! ciertamente la reconozco muy bien en esas palabras.

CONTI.

Y á la verdad, monseñor, no vereis en este retrato ningun indicio, ninguna sospecha de la expresion que tenia al pronunciarlas.

PRÍNCIPE.

Bien lo veo; y por eso mismo os acuso de haberla hecho enorme favor. ¡Oh! ya conozco esa desdeñosa expresion que desfiguraria el rostro de un ángel. Sé muy bien que una linda boca se hermosea aun mas cuando la agita una sonrisa mezclada con cierta malicia y desden; pero es menester que ese movimiento de la fisonomía no sea, como en la condesa, una mueca, una contorsion; sino que al contrario es menester que la sonrisa esté templada por unos ojos dulces y graciosos, tales como no los tuvo jamás la condesa, ni aun en vuestro retrato, Conti.

CONTI.

Monseñor, os confieso que me dejais absorto.

PRÍNCIPE.

Con todo, vos habeis sacado el mayor partido posible de los ojos de la condesa, de esos ojos grandes, saltones, huraños, de esos ojos de Medusa. No puede ciertamente reprocharos; pero sí deberiais reprocharos vos mismo ese exceso de indulgencia para con ella, Conti; porque; porque vamos á ver: ¿decidme en conciencia, si seria posible juzgar por ese retrato del carácter de la condesa... Tal era sin embargo vuestro deber. Vos habeis disfrazado su orgullo con la dignidad, su amargura con la malicia, y de su extravagante exaltacion habeis hecho una suave melancolía.

CONTI.

(*Algo amostazado.*) Monseñor, nosotros no podemos pintar con la misma facilidad con que vos dejais de amar; para obedecer las órdenes del amante nosotros nos valemos de los ojos del amor, y con los ojos del amor tambien deben juzgarse nuestros retratos.

PRÍNCIPE.

En tal caso, Conti, ¿por qué no veniais hace un mes? Mas dejemos ahí lo del retrato; ¿quereis enseñarme el otro?

CONTI.

(*Va á buscar el otro retrato y lo tiene en su mano antes de volverlo.*) Es tambien un retrato de mujer.

PRÍNCIPE.

En ese caso haceis mal en enseñármelo, porque estará muy lejos de la imágen que hay aquí, ó mejor aquí. (*Indicando primeramente su cabeza y luego su corazon.*) Quisiera admirar otros productos de vuestro talento.

CONTI.

Hay talentos muy superiores al mio, monseñor; pero jamás hubo modelo igual al que yo he tenido.

PRÍNCIPE.

¡Hola! ¿con que es la querida del pintor? (*Con-*

ti vuelve el retrato.) Mas ¡qué veo! ¿es vuestro trabajo ó el efecto de mi imaginacion? ¡Emilia Galotti!

CONTI.

¡Cómo, amado príncipe! ¿conoceis tambien á ese ángel de hermosura?

PRÍNCIPE.

(*Procurando reprimirse, pero sin apartar la vista del retrato.*) Muy poco, lo bastante sin embargo para no equivocarla. Hace algunas semanas que por primera vez la vi con su madre en una fiesta; despues la he visto en algunas iglesias donde la santidad del lugar no me permitia mirarla con atencion. Conozco tambien á su padre; no es amigo mio: y hasta disputó mas tenazmente que todos los otros, mis derechos en Sabionetta; es un veterano muy activo y severo, pero franco y honrado.

CONTI.

Permitidme, querido príncipe, que ahora nos ocupemos de su hija.

PRINCIPE.

Es ella ¡par diez! ella misma reflejada en un espejo. (*Siempre fijos los ojos en el retrato.*) ¿No es elogiar bastante al artista, Conti, olvidándole á él mismo para no pensar mas que en su modelo?

CONTI.

Estoy muy lejos de hallarme satisfecho de mi obra, pero estoy orgulloso de conocer su imperfeccion. ¡Ah! ¡por qué no hemos de poder pintar por la accion inmediata de nuestra mente! ¡es tan largo el trecho del ojo que observa, á la mano que mueve el pincel! ¡cuántas cosas se nos pierden en el camino! Pero yo conozco lo que he perdido; sé cómo y por qué lo he perdido; y la conciencia de mi importancia me es preferida al orgullo del éxito. Por lo mismo que reconozco la debilidad de esa imágen, me conceptúo verdaderamente un gran pintor; acuso á mi mano, no á mi genio: y creedme, amado príncipe, Rafael no habria sido el preclaro genio entre todos los pintores, si la naturaleza le hubiese negado tan preciosas manos para manejar sus pinceles; ¿no os parece, príncipe?

PRÍNCIPE.

¿Qué me deciais, Conti? ¿qué quereis que os diga?

CONTI.

Nada, nada, mera frivolidad; toda vuestra alma estaba retratada en vuestras miradas. ¡Cuánto me entusiasman tales almas y tales miradas!

PRINCIPE.

(*Con afectada indiferencia.*) Con que vos contais á Emilia Galotti entre las bellezas mas distinguidas de esta ciudad.

CONTI.

¡Entre las bellezas mas distinguidas!... ¡mas distinguidas de esta ciudad! Os chanceais, príncipe, ó no habeis fijado en mi cuadro mas atencion de la que prestabais á mis discursos.

PRÍNCIPE.

¡Querido Conti! (*Sin apartar los ojos del cuadro.*) se debe desconfiar de tales impresiones: solamente al pintor le está permitido formar opinion de la belleza.

CONTI.

¿Y juzgais que cada uno modera los arranques del corazon á las decisiones del pintor?... ¡Desgraciado del hombre que quisiera aprender por nuestro medio lo que es la belleza!... Si con todo me manda vuestra Alteza hablar como artista, os diré que tengo por una de las mayores dichas de mi vida haber tenido por modelo á Emilia Galotti... Esa cabeza, ese rostro, esa frente, esos ojos, esa nariz, esos labios, esa barba, ese cuello, esa garganta, ese talle, ese conjunto en fin, han sido mi único estudio; y ese rostro es para mi el tipo de la belleza. El retrato original que he pintado á la vista de ella, está en posesion de su padre; pero esta copia...

PRÍNCIPE.

(*Volviéndose con presteza.*) ¿Esa copia, Conti, no la teneis prometida á nadie todavía?

CONTI.

Es vuestra, amado príncipe, si la deseais.

PRÍNCIPE.

¡Si la deseo! (*Sonriendo.*) ¿Y puedo desear algo mejor que poder estudiar lo mismo que vos esa pintura como el tipo de la belleza? Llevaos el otro cuadro y mandadle poner marco.

CONTI.

Bueno...

PRÍNCIPE.

El marco mas rico que pueda hallarse; lo colocaremos en mi galería. Ese lo guardo: para un mero estudio no se hacen tantas ceremonias; ni siquiera lo mandaré colgar... prefiero tenerlo á mano. Os doy las gracias, Conti, os doy las mas expresivas gracias... Y acordaos de lo que os decia hace poco: «Quiero que en mis estados brillen las artes, y que los artistas compartan mis riquezas.» Pasad al despacho de mi tesorero y haced que os pague los dos retratos... en cuanto querais... ¡en todo cuanto querais, Conti!...

CONTI.

No prosigais, querido príncipe; empiezo á te-

mer que querais recompensarme algo que no es mi talento.

PRÍNCIPE.

¡Oh vanidad de artista! En manera alguna; dejad todo escrúpulo... ¿lo entendeis, Conti? y pedid todo cuanto querais... (*Vase Conti.*)

ESCENA V.

EL PRÍNCIPE, *solo.*

Todo cuanto quiera, (*Se dirige al retrato.*) y aun me parecerá barato... Maravilla del arte, ¿con que no me engaño? ¿con que es verdad que te poseo?... Mas ¿quién te poseerá á tí, maravilla de la naturaleza? ¿A qué costa te obtendria de tu madre severa, de tu padre altivo é indomable? Criatura hechicera, de tí es principalmente de quien quisiera obtenerla. Estos ojos llenos de dulce encanto y de modestia, estos labios... ¡Ah! ¡qué no daria por oirlos hablar, por verlos sonreir!... Alguien viene; ocultemos mi tesoro. (*Vuelve el retrato de cara á la pared.*) Se va Marinelli; ¿por qué le habré mandado llamar?...¡qué dia tan delicioso habria gozado á no venir él!

ESCENA VI.

EL PRINCIPE, MARINELLI.

MARINELLI.

Monseñor se dignar á excusarme; no esperaba recibir tan temprano órdenes de su alteza.

PRÍNCIPE.

Queria salir en coche; es tan hermosa la mañana, pero ya está muy adelantada, y he cambiado de parecer. (*Despues de una leve pausa.*) ¿Qué se dice de nuevo, Marinelli?

MARINELLI.

Nada importante que yo sepa. La condesa Orsina llegó ayer del campo.

PRÍNCIPE.

Me ha escrito esta esquela. (*Enseña la esquela de la condesa.*) para anunciarme su vuelta, es decir, lo supongo: de todos modos poco me interesa asegurarme... ¿La habeis visto?

MARINELLI.

¿Pues no tengo la desgracia de ser su confidente? Si alguna vez se me vuelve á ocurrir el aceptar otro papel semejante con respecto á una dama que vuestra alteza ame con tal pasion, primero quiero...

PRÍNCIPE.

No vayais á jurar nada, Marinelli.

MARINELLI.

¡Cómo! ¿ de veras? ¿acaso tendré que desempeñar otra vez, querido príncipe?... ¿Luego la condesa no hace mal en quejarse?

PRÍNCIPE.

Pues hace enteramente mal. Mi casamiento con la princesa de Massa me pone en el deber de romper todas las relaciones de semejante naturaleza.

MARINELLI.

Si era tal efectivamente vuestro motivo, la condesa deberia conformarse con su suerte, como á no dudar se conformará monseñor con la suya.

PRÍNCIPE.

Y no es mucho mas triste mi suerte que la suya. Yo debo sacrificarme á un miserable interés de Estado. La condesa quedará libre con su corazon, sin que nada la obligue á disponer de él contra su voluntad.

MARINELLI.

¡Libre su corazon! Mas la condesa dice: ¿por qué se nos ha de imponer semejante privacion, si el amor no entra por nada en el matrimonio del príncipe? Si la política es no mas quien estrecha los lazos de tal union, una amiga puede muy bien ocupar un puesto al lado de la esposa. ¡Ah! no teme la condesa verse sacrificada á un matrimonio, sino á...

PRÍNCIPE.

A un nuevo amor, ¿no es cierto? y cuando así fuese, ¿Marinelli podria imputármelo á crímen?

MARINELLI.

¡Yo, monseñor! os suplico que no me confundais con la mujer extravagante de cuyas palabras he debido hacerme eco... La verdad: si he tomado tal encargo, ha sido por lástima que me ha inspirado... el estado en que la encontré ayer me conmovió profundamente... Ella no queria hablar de vuestra alteza; queria parecer indiferente y hasta diré alegre; pero en medio de la conversacion indiferente, en apariencia, una palabra, una mirada descubrian á cada paso el tormento de su corazon; pronunciaba con tono el mas natural las palabras mas tristes, y otras veces con rostro melancólico las chanzas mas divertidas y extravagantes... En fin para librarse á sí misma del dolor que la agobia, se ha entregado al estudio y temo que eso acabe con ella.

PRÍNCIPE.

De ese modo fué como comenzó su locura; y precisamente esa manía me ha alejado de ella, y, Marinelli, os aseguro que ha tomado mal medio para conquistarme nuevamente.... Por lo demás, si por el amor se vuelve loca, es muy cierto que aun sin ese amor no seria nunca muy juiciosa... Pero dejemos tan triste asunto y pasemos á otra cosa... ¿Conque no hay nada de nuevo en la ciudad, Marinelli?

MARINELLI.

Nada, monseñor, nada ó muy poca cosa; pues el casamiento del conde Appiani cuya ceremonia tiene lugar hoy, no es asunto de grande importancia.

PRÍNCIPE.

¡El conde Appiani! ¿con quién se casa? nada habia oido decir de semejante casamiento.

MARINELLI.

Se ha llevado muy secreta la cosa, mas no habia motivo de levantar por ello grande algazara... Vais á reiros, monseñor; mas tal es la suerte de los hombres sensibles: el amor les juega continuamente las peores partidas... Una jóven sin alcurnia, sin fortuna, ha cogido en sus redes al conde; eso sí, tiene algo de bella, y aun mas, segun dicen, de discrecion y una grande apariencia de virtud y bellos sentimientos.

PRÍNCIPE.

El que puede con toda la libertad abandonar su corazon á las dulces impresiones de la inocencia y de la hermosura, antes es digno de envidia que del ridículo... Mas cómo se llama la feliz prometida? porque aunque vos no podais sufrirle, Marinelli, y aunque no esté él en mejores disposiciones respecto de vos, es muy cierto sin embargo que el conde Appiani es un bellísimo jóven, rico y muy honrado. Muchas veces he deseado atraerle á mi servicio, y aun ahora pienso probarlo de nuevo.

MARINELLI.

Es ya tarde, monseñor: si mis informes merecen crédito, Appiani se lleva la señora de sus pensamientos á las tierras que posee en los valles del Piamonte, donde encontrará la dicha que no podria ofrecerle la corte; donde á su gusto podrá cazar gamuzas y educar marmotas. Y bien mirado, ¿qué cosa mejor podria hacer? Ese casamiento desigual le malquista con toda la sociedad: no se le recibiria ya con agrado en las selectas reuniones.

PRÍNCIPE.

Selectas reuniones... donde uno se ve acosado por la etiqueta, por las conveniencias, el fastidio, la miseria algunas veces... Pero decidme á quién hace Appiani tan grande sacrificio.

MARINELLI.

A cierta jóven llamada Emilia Galotti.

PRÍNCIPE.

¿Qué decís?... llamada...

MARINELLI.

Emilia Galotti.

PRINCIPE.

¡Emilia Galotti!... imposible.

MARINELLI.

Pues es muy cierto, monseñor.

PRÍNCIPE.

Que no, os digo; eso no es verdad, no puede serlo... equivocais el nombre sin duda... hay muchos Galotti en esta ciudad. Puede que sea una que llamen Galotti, pero no puede ser Emilia Galotti, no es Emilia.

MARINELLI.

Pues es Emilia, Emilia Galotti.

PRÍNCIPE.

Entonces... ¿es que hay dos del mismo nombre? Vos habeis dicho cierta jóven llamada Emilia Galotti... seria menester haber perdido el juicio para hablar así de la verdadera...

MARINELLI.

Su alteza está fuera de sí; ¿acaso conoce á esa jóven?

PRÍNCIPE.

Solo yo tengo aquí el derecho de interrogar, Marinelli; responded al instante... ¿Es la hija del coronel Galotti de Sabionetta?

MARINELLI.

La misma.

PRÍNCIPE.

¿Qué vive en Guastalla con su madre?

MARINELLI.

La misma.

PRÍNCIPE.

¿Cerca de la iglesia de Todos los Santos?

MARINELLI.

La misma.

PRÍNCIPE.

En una palabra (*Adelántase hacia el retrato y lo pone en manos de Marinelli.*); ¿es esta? Repite una vez mas esa maldita palabra y hunde un puñal en mi corazon.

MARINELLI.

Monseñor, es ella misma.

PRÍNCIPE.

¡Verdugo! ¡Emilia!... ¿esta Emilia Galotti va hoy á?...

MARINELLI.

A casarse con el conde Appiani. (*El príncipe le arranca el retrato.*) Sí, hoy debe tener secretamente lugar la ceremonia en casa de su padre, cerca de Sabionetta, hoy á las doce del dia; la madre y la hija, el conde y un par de amigos tal vez, se trasladarán allí para la celebracion de ese matrimonio.

PRÍNCIPE.

(*Desesperado se deja caer en un sillon.*) ¡Estoy anonadado! ¡no podré sobrevivir á mi desgracia!

MARINELLI.

Pero ¿qué os pasa, monseñor?

PRÍNCIPE.

¡Qué me pasa, pérfido! me pasa que la amo, que la adoro, ¿no lo sabias acaso? Todos lo sabian desde hace mucho tiempo; pero imaginaban que no me escaparia de los vergonzosas cadenas de esa loca Orsina. Y vos tambien, Marinelli, vos tambien á pesar de que me prometeis la mas tierna amistad... Pero un príncipe no tiene amigos, ¡no puede tenerlos! Vos me habeis ocultado con tanta maldad como perfidia hasta el último momento, el peligro que corria mi amor. ¡Ah! si esa os la perdono, que Dios no me perdone ninguno de mis pecados.

MARINELLI.

Verdaderamente, monseñor, no sé qué responderos, aun cuando me dieseis ocasion para ello; pero dejadme mostraros toda mi sorpresa. ¡Cómo! ¿vos amais á Emilia Galotti? Pongo por testigos á los ángeles y á los santos todos del cielo, y así ninguno de ellos tenga jamás piedad de mí, como yo nada sabia de vuestro amor, como hasta este momento no he tenido de él la menor idea ni sospecha! Lo mismo puedo aseguraros por parte de la condesa; pues ella sospechaba que era otro muy distinto el objeto de vuestro amor.

PRÍNCIPE.

Entonces perdonadme, Marinelli, (*Se echa en sus brazos.*) y sobre todo tened piedad de mí.

MARINELLI.

Ahora espero que reconocereis, príncipe mio, los frutos de vuestra reserva conmigo. ¡Los príncipes no tienen amigos!... ¡no pueden tenerlos! y ¡por qué, me permito preguntaros, sino porque no quieren tenerlos? Hoy nos honran con su confianza, nos participan sus mas secretos pensamientos, nos abren enteramente toda su alma; y mañana hacen como si ni siquiera nos conociesen, pareciendo que nunca hayan cambiado con nosotros la mas insignificante palabra.

PRÍNCIPE.

¡Ah! Marinelli, ¿cómo podia confiaros á vos lo que no me atrevia á confesarme á mí mismo?

MARINELLI.

¿Pues qué, la que es causa de vuestra pena, lo ignora todavia?

PRÍNCIPE.

¿Emilia? inútiles han sido todos mis esfuerzos para hablarla por segunda vez.

MARINELLI.

¿Y la primera?...

PRÍNCIPE.

La ví... Pero en el estado en que me encuentro es una crueldad exigirme un relato tan largo. ¡Me veis arrastrado por un torrente y me preguntais cómo he caido en él! ¡Oh! salvadme primero y me preguntareis en seguida.

MARINELLI.

¡Salvaros! pero ¿de qué, monseñor? Lo que habeis dicho á Emilia Galotti, lo direis á la condesa Appiani; las mercancías que no se compran de primera mano, se compran de la segunda y á veces hasta se obtienen mucho mas baratas.

PRÍNCIPE.

Marinelli, dejad las chanzas para otra ocasion, ó...

MARINELLI.

Porque en verdad, debo deciros, que como entonces no tienen todo el valor de la novedad...

PRÍNCIPE.

¡Insolente!

MARINELLI.

Me callo; mas por otra parte el conde marcha hoy para sus posesiones, convendria pensar algun medio.

PRÍNCIPE.

¿Qué medio, mi querido, mi leal Marinelli? Sed mi consejero; ¿qué debo hacer? ¿qué hariais vos en mi lugar?

MARINELLI.

Ante todo tomaria por una bagatela lo que verdaderamente no es otra cosa, y me diria que no en vano la fortuna me ha hecho lo que soy, príncipe soberano.

PRÍNCIPE.

¡Ah! no pondereis tanto mi poderío; ¿de qué puede servirme en el caso actual? Es hoy, hoy cuando se casa, y vos...

MARINELLI.

Hoy, hoy... pero no ha pasado ya el dia y solo las cosas hechas son las que no tienen remedio. (*Despues de una pausa regular.*) ¿Quereis darme carta blanca, príncipe mio? ¿aprobais todo cuanto pueda hacer referente al asunto?

PRÍNCIPE.

Todo, Marinelli, todo cuanto pueda impedir el funesto golpe que me amenaza.

MARINELLI.

Pues entonces no hay que perder tiempo. No

os quedeis aquí, sino partid á vuestra quinta de Dosalo; la carretera de Sabionetta pasa al pié de las tapias del parque. Si no consigo alejar inmediatamente al conde, quiero... pero sin duda caerá en el garlito. Con motivo de vuestro casamiento, vos teneis que mandar alguno á Massa; dad esa comision al conde y que parta inmediatamente... ¿Lo aprobais?

PRÍNCIPE.

¡Admirable! id vos mismo á trasmitirle mis órdenes; conducidmelo á Dosalo; yo subo al coche ahora mismo, para estar antes allí. (*Vase Marinelli.*)

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE, *solo.*

¡Aprisa! ¡aprisa! ¿Dónde está? (*Busca el retrato.*) ¡Por tierra! ¡oh! ¡perdóname! (*Lo levanta del suelo.*) No, no quiero mirarte mas. ¿Qué necesidad hay de hundir mas el dardo en mi profunda herida? ¿No he suspirado y sufrido bastante? Demasiado, oh sí, demasiado tiempo sin duda, puesto que en esta fatal inaccion habia llegado al borde del precipicio... pero ¿estoy seguro de no caer en él? Si Marinelli no pudiese conseguir el resultado... ¿Por qué he puesto mi confianza en él solo? Ahora recuerdo que á esta hora... á esta misma hora, aquella criatura angelical oye todos los dias misa en la iglesia de los dominicos... y podria por lo tanto encontrarla allí... hablarle... pero ¡hoy!... ¿en la mañana misma de su casamiento?... otros cuidados tendrá que le impedirán salir á oir la misa; mas si con todo... en fin nada pierdo con probar... (*Llama, recoge precipitadamente los papeles de encima la mesa; sale el ayuda de cámara.*) Que se disponga un coche en seguida. ¿Ha venido algun consejero?

AYUDA DE CÁMARA.

El consejero Camilo Rota.

PRÍNCIPE.

Que entre al punto. (*Vase el ayuda de cámara.*) Pero que no vaya á figurársele que voy á escuchar sus largos discursos; lo que es hoy que me dispense, otro dia le dejaré que se desquite. Pero ¿dónde está la peticion de esa Emilia Bruneschi?... ¡Ah! aquí está, querida Bruneschi, ¿dónde está tu patrona?

ESCENA VIII.

EL PRÍNCIPE *y* CAMILO ROTA, *que sale trayendo varios papeles en la mano.*

PRÍNCIPE.

Entrad, Rota, entrad. Aquí teneis lo que he examinado esta mañana; nada que merezca interés. Vos vereis lo que mejor convenga; llevádoslo todo.

ROTA.

Está bien, monseñor.

PRÍNCIPE.

Ahí dentro encontrareis una peticion de una tal Emilia Galot... Bruneschi, quiero decir. He puesto al márgen mi aprobacion; con todo... el negocio puede que tenga dificultades... y podeis en tal caso suspender ó no el despacho como mejor os plazca.

ROTA.

¿Cómo me plazca, monseñor? Esto no depende de mi voluntad.

PRÍNCIPE.

¿Me traeis algo para firmar?

ROTA.

Se pide la firma del príncipe para la ejecucion de una sentencia de muerte.

PRÍNCIPE.

Con mucho gusto... dadme... aprisa... despachaos...

ROTA.

(*Confuso y mirando fijamente al príncipe.*) He dicho una sentencia de muerte, monseñor.

PRÍNCIPE.

Ya lo he oido bien; pero despachaos pronto, que llevo prisa.

ROTA.

(*Buscando entre sus papeles.*) Os pido perdon, monseñor, he dejado esta sentencia en casa; diferiremos este asunto para mañana.

PRÍNCIPE.

Bueno; llevaos todo esto. Os dejo; mañana, Rota, mañana hablaremos mas despacio.

(*Vase.*)

ROTA.

(*Sacudiendo la cabeza y recogiendo los papeles.*) ¡Con mucho gusto! ¡una sentencia de muerte con mucho gusto! En ese momento no habria recibido la firma aun cuando la sentencia hubiese recaido contra el asesino de mi propio y único hijo. ¡Con mucho gusto! ¡con mucho gusto! Esa horrible palabra ha helado la sangre en mis venas.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa un salon de la casa de Galotti.

ESCENA PRIMERA.

CLAUDIA *y* PIRRO.

CLAUDIA.

(*Hablando á Pirro que sale del otro lado del*

teatro.) ¿Quién es el que baja de caballo en el patio?

PIRRO.

Es nuestro amo, señora.

CLAUDIA.

¿Mi marido? ¡Es posible!

PIRRO.

Mirad, aquí viene.

CLAUDIA.

¿Cómo sin haber mandado aviso? (*Yendo vivamente al encuentro de Eduardo Galotti.*) ¡Ah! ¡querido amigo!

ESCENA II.

LOS MISMOS, EDUARDO.

EDUARDO.

Buenos dias, querida. Mi visita os sorprende, ¿no es cierto?

CLAUDIA.

Si no eres nuncio de una mala nueva, la sorpresa no puede ser mas grata.

EDUARDO.

No tengas temor alguno; la alegría me ha hecho levantar hoy muy temprano, hace un dia tan hermoso y es tan corta la distancia... como creia que estariais agobiadas por tantas cosas y tantos pormenores... que tal vez os olvidariais de algo... En fin, he querido venir para pasar á vuestro lado algunos instantes y vuelvo á marchar al momento... ¿Dónde está mi Emilia? ocupada sin duda en los cuidados de su tocado...

CLAUDIA.

No, en los cuidados de su alma: ha salido á misa... Hoy, mas que en cualquier otro dia, me ha dicho, tengo necesidad de implorar la gracia del cielo... Ha tomado su velo, dejándome el arreglo de tantos preparativos, y ha ido...

EDUARDO.

Pero ¡qué! ¿sola?

CLAUDIA.

La iglesia, como sabes, está á pocos pasos de aquí, y por lo tanto...

EDUARDO.

No se necesita mas que uno para caer.

CLAUDIA.

Vaya, no me riñas, amigo mio. Ven á descansar un momento y tomarás algun refrigerio.

EDUARDO.

Como quieras, Claudia mia; pero de todos modos te diré que no debias dejarla salir sola.

CLAUDIA.

Pirro, quedaos en la antecámara, y si álguien viene le decís que nos es imposible recibir hoy. (*Vase con Eduardo.*)

ESCENA III.

PIRRO, *y luego* ÁNGELO.

PIRRO.

Pues no es poca plepa la de los curiosos; hace mas de una hora que están asaltando la casa y acosándome con sus preguntas... ¡Hola! aquí tenemos otro sin duda.

ÁNGELO.

(*Sale con precaucion embozado hasta taparse casi el rostro, y llevando el sombrero calado hasta las cejas.*) ¡Pirro! ¡Pirro!

PIRRO.

Este es algun conocido mio. (*Angelo se adelanta y se descubre á Pirro.*) ¡Dios eterno! ¿eres tú, Angelo?

ÁNGELO.

El mismo soy, ya lo ves... Hace mas de una hora que ando rondando la casa para hablarte... Una palabra solamente.

PIRRO.

¿Cómo te atreves á presentarte? ¿No sabes que estás sentenciado por tu último asesinato? ¿que han pregonado tu cabeza?...

ÁNGELO.

¿Tienes acaso el intento de ganar el precio que dan por ella?

PIRRO.

¿Qué me quieres? Te ruego que no me comprometas.

ÁNGELO.

Aquí traigo algo para tí. Toma. (*Le da una bolsa de dinero.*) Esto te pertenece...

PIRRO.

¿A mí?...

ÁNGELO.

¿Has olvidado ya lo de ese señor aleman, tu último amo...

PIRRO.

Silencio, Angelo.

ÁNGELO.

A quién hiciste caer en las redes que le tendiéramos en el camino de Pisa?

PIRRO.

¡Si alguno nos oyese!

ÁNGELO.

Sabes que tuvo la bondad de legarnos una preciosa sortija, que no se pudo entonces vender, por temor de despertar sospechas. Hace algunos dias pude venderla... me dieron por ella cien pistolas y ahí tienes la parte que te corresponde. Toma.

PIRRO.

Yo no quiero nada. Guárdatelo todo.

ÁNGELO.

Enhorabuena... Pero exponerse gratis á tales lances... es tasarse la cabeza á muy bajo precio. (*Va á meterse la bolsa en la faltriquera.*)

PIRRO.

Vaya, dame ese dinero. ¿Qué mas quieres? porque supongo que no habrás rondado la casa tanto como dices, por solo hablarme de esa bagatela.

ÁNGELO.

¿Y por qué lo supones, bribonazo? ¿acaso te imaginas que soy capaz de quedarme el salario que alguno de los mios se ha ganado?... Eso sucede algunas veces entre personas honradas; pero entre nosotros, jamás. (*Aparenta marcharse y vuelve al momento.*) ¡Ah! dime antes; el viejo Galotti acaba de llegar á la ciudad solo y á caballo: ¿á qué ha venido?

PIRRO.

A nada enteramente... para dar un paseo. Viene de sus tierras á donde esta misma tarde debe unírsele su hija y casarse con el conde Appiani. No ha podido esperar hasta entonces, y...

ÁNGELO.

¿Y se vuelve pronto?

PIRRO.

Tan pronto, que si no te marchas al instante, no puede menos de encontrarte aquí... ¿Pero tendrias algun proyecto tocante á él?... Por si acaso, ten mucho cuidado que es hombre de pelo en pecho...

ÁNGELO.

Ya le conozco; he servido bajo sus órdenes... Con todo si hubiese mucho que ganar... ¿Cuándo saldrán los del casamiento?

PIRRO.

A las doce poco mas ó menos.

ÁNGELO.

¿Con séquito numeroso?

PIRRO.

No:: en un coche irán la madre, la hija y el conde: en otro un par de amigos que servirán de testigos de la boda.

ÁNGELO.

¿Y cuántos criados?

PIRRO.

Dos con los coches... Yo iré delante á caballo.

ÁNGELO.

Está bien... una palabra mas... ¿de quién es el equipaje, de vosotros ó del conde?

PIRRO.

Del conde.

ÁNGELO.

¿Del conde? peor para él; porque en tal caso hay que quitar de en medio un ginete y un cochero muy vigorosos.

PIRRO.

Pero ¿qué pretendes?... has de saber que las pocas joyas que la novia traiga consigo no os pagarán el trabajo.

ÁNGELO.

La persona de la novia nos pagará bien.

PIRRO.

¿Y habeis contado que yo seré tambien esta vez cómplice de semejante crimen?

ÁNGELO.

Tú pasarás adelante á caballo... aprietas las espuelas y no te vuelves por ruido que oigas, amigo mio.

PIRRO.

¡Jamás!...

ÁNGELO.

¡Cómo! ¿quieres acaso hacérteme hombre de bien?... ¡miserable! si dices una sola palabra ó me has engañado en la cosa mas insignificante...

PIRRO.

Pero, Angelo, por el amor de Dios, te ruego...

ÁNGELO.

Deja hacer lo que no puedes impedir. (*Vase.*

PIRRO.

¡Ah! cuando el demonio os tiene cogido de un cabello, es preciso entregarle toda la cabeza... ¡Desgraciado de mí!...

ESCENA IV.

EDUARDO, CLAUDIA, PIRRO.

EDUARDO.

No puedo esperarla mas.

CLAUDIA.

Un instante solamente, Eduardo... la pobre niña se afligirá de no haberte visto.

EDUARDO.

Tengo que pasar todavía por casa del conde... ¡cuántos deseos tengo de llamar pronto hijo mio á ese digno jóven!... todo me agrada en él, y mas que todo el proyecto que ha formado de retirarse al dominio de sus padres, y vivir allí retirado del bullicio de la corte...

CLAUDIA.

Pues á mí se me parte el corazon al pensar en eso... así habremos perdido á nuestra hija querida, á nuestra única hija.

EDUARDO.

¿Qué dices?... ¿es perder á nuestra hija dejarla en brazos del amor? sea primero su felicidad que tus placeres, Claudia. Procura no despertar antiguas sospechas. Tu quisiste quedarte aquí con ella, separaros de un padre y de un esposo que os ama; y muchas veces como sabes he temido que el tumulto, y las distracciones del mundo, y la proximidad de la corte, hubiesen tenido en tal resolucion mas parte que el deseo de cuidar de la educacion de Emilia...

CLAUDIA.

Eres injusto, Eduardo. ¿Qué motivos tiene tu severa virtud para acusar á esa ciudad y la proximidad de la corte?... ¿Acaso no es únicamente aquí donde podia el amor unir los corazones nacidos el uno para el otro, del noble conde y nuestra adorada Emilia?

EDUARDO.

Está conforme; pero ¿te crees justificada, querida Claudia, por haberse presentado favorables los acontecimientos relativos á este asunto? Felicitémonos de que Emilia haya escapado á los peligros de la ciudad, y no atribuyamos á la prudencia lo que solo es debido al acaso... En fin, hemos llegado felizmente á puerto... Hemos unido dos corazones que sabrán comprenderse... Dejemos que se vayan juntos á la mansion de la inocencia y del sosiego... Por otra parte, ¿qué haria aquí el conde? ¿aprender la adulacion y la bajeza, y disputar á los Marinelli el premio en esa noble carrera? Y ¿con qué objeto? ¿con el de allegar riquezas que no necesita? ¿honores muy inferiores á los suyos?... Pirro.

PIRRO.

¿Qué mandais?

EDUARDO.

Lleva mi caballo hasta la puerta la de casa del conde; yo te sigo... partiré desde allí... (*Vase Pirro.*) ¿Por qué habria de servir el conde aquí cuando puede en su casa mandar? Y además ¿no ves, Claudia, que él se pierde para la corte por su casamiento con mi hija?... El príncipe me detesta.

CLAUDIA.

Menos de lo que temes quizás.

EDUARDO.

¡Menos de lo que temo!... pero de todos modos te aseguro que me es completamente igual.

CLAUDIA.

¿Te he dicho ya que el príncipe vió á nuestra hija?...

EDUARDO.

¡Vió á nuestra hija! ¿cuándo? ¿cómo?

CLAUDIA.

En la última reunion que dió el canciller Grimaldi; el príncipe la honró con su presencia... y dispensó tan señalada merced á Emilia...

EDUARDO.

¡Tan señalada merced!

CLAUDIA.

Habló con ella largo tiempo.

EDUARDO.

¡El príncipe habló con Emilia!...

CLAUDIA.

Si por cierto, y quedó tan prendado de su alma ingenua é inocente...

EDUARDO.

¡Tan prendado!

CLAUDIA.

Y habló con tanto entusiasmo de su hermosura...

EDUARDO.

¡De su hermosura!... y ¡tú! tú misma me dices esas cosas con tanta fruicion... ¡oh Claudia! ¡oh madre vanidosa é inconsecuente!

CLAUDIA.

¿Por qué?

EDUARDO.

Nada, nada... gracias á que los hechos se han encargado de absolverte: cuando pienso sin embargo que... ¡ah! mi corazon no podia quedar mas profundamente herido... un jóven que carece de toda virtud... ha osado mirar á mi hija... ¡sus miradas manchaban su pureza!... ¡Claudia!... ese solo pensamiento me trastorna el juicio... Debias haberme informado al instante... Pero me sabria mal decirte alguna palabra dura, y si permaneciese mas aquí se

me escaparia de los labios. (*Tomándole la mano.*) Separémonos... Dios te guarde... Claudia... ¡que tengais buen viaje y que llegueis pronto!

ESCENA V.

CLAUDIA, *sola.*

¡Qué hombre! su virtud es inflexible, es intransigente: con todo, si es la virtud... En todo y por todo ve peligros y faltas... ¡Ah! si eso es tener conocimiento del mundo, procuremos conservar nuestra dichosa ignorancia: pero Emilia tarda mucho... Mas el príncipe es enemigo del padre; luego si mira afectuosamente á la hija ¿no es evidente que es para insultar á toda la familia?

ESCENA VI.

EMILIA *y* CLAUDIA.

EMILIA.

Saliendo precipitadamente y en el mayor desórden.) ¡Dios mio! ¡alabado seais! estoy salvada, en seguridad; pero tal vez me sigue todavía. (*Se quita el velo y se dirige á su madre diciendo con terror.*) ¡Es él! madre mia; ¿es él? No, no es él... ¡Gracias, Dios mio!

CLAUDIA.

Pero ¿qué tienes, hija mia? ¿qué te pasa, Emilia de mi alma?

EMILIA.

Nada, nada, madre mia...

CLAUDIA.

¿Qué significan esas miradas de espanto? .... Tiemblas como una azogada.

EMILIA.

¡Ay, madre! ¡qué he oido, y en qué lugar he tenido que oirlo!

CLAUDIA.

Creia que estabas en la iglesia.

EMILIA.

Sí, madre mia, en la iglesia estaba, al pié de los altares; pero ¿respeta el vicio la santidad de aquellos?... ¡Ah, madre mia! (*Se echa en sus brazos.*)

CLAUDIA.

Habla, hija mia; habla, te ruego por Dios que me saques de esta ansiedad... ¿Qué puede haberte sucedido en tal lugar, que sea tan temible?

EMILIA.

Nunca debian ser mis oraciones mas íntimas y fervorosas que hoy, y sin embargo jamás ¡ay de mí! fueron menos lo que habian de ser...

CLAUDIA.

Somos débiles criaturas... Emilia, los dones de la gracia no nos están siempre concedidos... Pero la voluntad de orar es ya una oracion.

EMILIA.

¿Y la voluntad de pecar es ya tambien un pecado?

CLAUDIA.

¿Ha podido tener mi Emilia esa voluntad?

EMILIA.

No, madre mia; Dios no ha querido que llegase á tal punto mi humillacion. Pero ¿el vicio que se nos acerca no puede mancharnos igualmente sin que la voluntad sea cómplice?

CLAUDIA.

Sosiégate, procura calmar tu agitacion, y dime en fin lo que ha ocurrido.

EMILIA.

Pues bien... apenas me habia puesto de rodillas mas lejos que de ordinario, á causa de haber llegado tarde á la iglesia, y habia comenzado á elevar mi alma á Dios, cuando detrás de mí, pero muy cerca, se ha arrodillado otra persona... yo no podia adelantar mas ni hacerme á un lado... bien lo hubiera querido porque temia ser interrumpida en mis oraciones por las del que tenia cerca... Esas distracciones solamente eran las que creia haber de temer... Mas de pronto oigo un profundo suspiro, y en seguida han pronunciado muy cerca de mi oido un nombre; no era el de ninguna santa... era... no me riñais, madre mia... era el nombre de vuestra hija, mi nombre... ¡Oh! ¿por qué no me han impedido oir mas los estampidos del trueno que tanto me arredran?... Me ha hablado de mi belleza, de su amor... Decia que este dia que debe asegurar mi felicidad... ¿y no es felicidad para mí?... seria la desgracia de su vida... me rogaba por los ángeles del cielo... ¡Y yo he tenido que oir todo eso!... pero no he levantado los ojos. Inmóvil... aparentando que nada oia... ¿Qué otra cosa podia hacer, madre mia, que rogar á mi ángel custodio que cerrase mis oidos á tales discursos, aunque despues debiese quedar sorda para siempre? Eso he procurado hacer, suplicándolo con todo mi corazon, y esa es la única oracion que ha estado en mi alma formular... En fin, era tiempo de retirarme, pues los divinos oficios habian terminado: yo temblaba al pensar que tendria de levantar la cabeza; temia encontrar las miradas de aquel que á mi oido habia pronunciado las sacrílegas palabras... me vuelvo, y... le reconozco.

CLAUDIA.

¿A quién, hija mia?

EMILIA.

¡Oh! ¡madre mia! ¿podrias creerlo? he temido venirme al suelo... ¡era él!... ¡él mismo!...

CLAUDIA.

Pero, en fin, ¿quién era?

EMILIA.

El príncipe.

CLAUDIA.

¿El príncipe?... ¡Oh! demos gracias á Dios de que tu padre no haya querido aguardarte, y de que no esté aquí en este momento.

EMILIA.

¿Estaba mi padre aquí y no ha querido aguardarse?

CLAUDIA.

¡Oh! si te hubiese visto en tal desórden; si á su presencia hubieses dicho todo lo que acabas de contarme...

EMILIA.

¡Pues qué! madre mia, ¿tan culpable soy?

CLAUDIA.

No, pobrecita, no lo eres mas de lo que yo lo soy en todo eso... Pero ¿no conoces á tu padre?.... En su cólera habria confundido al inocente objeto de una empresa vergonzosa, con el autor mismo de esa empresa.... y hasta me habria acusado de haber sido yo la causa de todo, bien que indudablemente no podia impedirlo ni preverlo... Mas continúa, Emilia mia. ¿Cuándo has reconocido al príncipe habrás sido bastante dueña de tí misma para mostrarle en tus ojos la indignacion que merecia?...

EMILIA.

¡Oh! no, madre mia: despues de haberle conocido, no he tenido valor de levantar otra vez los ojos á él... y he huido.

CLAUDIA.

¿Y el príncipe te seguia?

EMILIA.

No lo he notado hasta que al llegar á la puerta de la iglesia... he sentido que me tomaba la mano... Y por fuerza he tenido que pararme... Separarme con violencia habria sido llamar la atencion de todos los transeuntes... Ese es el único pensamiento que entonces se me ha ocurrido, ó cuando menos el único de que me acuerdo en este instante... Me ha hablado... yo le he respondido... pero quiero decirte, madre mia, lo que me ha dicho si puedo acordarme... mas ahora no puedo... verdaderamente no puedo acordarme de una sola palabra... Estaba completamente fuera de mí; ni sé cómo he dejado la iglesia... Me acuerdo tan solo de que al andar por la calle, sus pisadas resonaban en pos de las mias... al subir la escalera de esta casa todavía me parecia que sus pasos me seguian..

CLAUDIA.

¡Pobre niña! era efecto del terror... No olvidaré nunca el estado en que has entrado aquí... No... el príncipe no habria osado seguirte hasta tu propia morada... ¡Dios mio!... ¡si tu padre llegase á saber todo eso! Se ha mostrado tan enojado al saber solamente que el príncipe te habia mirado sin disgusto.... Tranquilízate, hija mia; olvida esa aventura como un sueño que hubiese agitado tu mente estando dormida... no tendrá otras consecuencias que un sueño; hoy mismo quedarás libre del temor, de las asechanzas de nadie.

EMILIA.

¿Mas no es cierto, madre mia, que el conde lo sabrá todo? conviene que yo misma le cuente...

CLAUDIA.

De ningun modo, hija mia. ¿Por qué? ¿con qué objeto? ¿Quieres que por una frusleria, por menos que nada, te expongas á frustrar su dicha?... Y aun cuando así no fuese por de pronto, un veneno que no obre al momento, no por eso deja de ser un peligroso veneno: lo que no inquieta al amante, puede despues inquietar al marido: halagado sin duda el amor propio de un amante por obtener la preferencia entre él y un rival tal como el príncipe, puede... mas despues del casamiento ¡ay hija mia!... un marido... ¡es cosa muy diferente!... Quiera tu buena estrella preservarte de semejante desgracia, de tan triste experiencia.

EMILIA.

Ya sabeis, madre mia, con cuánto gusto someto todos mis pensamientos á los vuestros. No obstante, si algun dia llega á saber que el príncipe me ha hablado esta mañana, ¿no le causará mi silencio, tarde ó temprano, algun recelo? Yo creo que seria preferible no ocultarle nada, madre mia, no esconder nada en mi corazon...

CLAUDIA.

¡Oh debilidad!... ¡oh debilidad del amor! No, hija mia, nada le digas, absolutamente nada; ni le dejes traslucir nada tampoco...

EMILIA.

Bueno, madre mia, no tengo mas voluntad que la vuestra... ¡Ah! (*Con profundo suspiro.*) hasta ahora no comienzo á respirar... ¡Cuán sencilla y débil soy, pobre de mí! ¿No es verdad, madre mia, que habria podido tomar menos por lo serio esa aventura, sin ser con todo mas culpable que ahora?

CLAUDIA.

Eso precisamente, amiguita mia, queria ocultarte hasta que tu propia razon te lo hubiese dicho; mas ya sabia que tu alma lo conoceria tan pronto como se hubiesen desvanecido tus temores... El príncipe es galante, y habrás comprendido mal un lenguaje á que no estás todavía acostumbrada... En el diccionario de la galantería, cortesía es sinónimo de afeccion; un cumplido es una declaracion; un suspiro, compromiso eterno... y todas las palabras están trocadas de sentido... ó mejor no significan realmente nada.

EMILIA.

¡Ah! madre mia, mi espanto empieza á parecerme muy ridículo... No hay duda que mi buen Appiani no debe saber nada de eso... quizá creeria que se lo digo mas por orgullo que por virtud... Mas le oigo venir... reconozco sus pisadas.

ESCENA VII.

EL CONDE APPIANI, *y* LAS MISMAS.

APPIANI.

(*Sale meditabundo con los ojos bajos, sin ver á nadie hasta el momento que llega cerca de Emilia.*) ¡Ah! querida amiga, no creia que estuvierais tan cerca de mi.

EMILIA.

Y aun lejos de vos, señor conde, quisiera que estuvieseis en otra disposicion. ¿Cuál es la causa de este aire tan solemne, tan triste y severo? ¿Acaso no os inspira el dia de hoy placenteros pensamientos?

APPIANI.

¡Ah! ¡mas que ningun otro dia de mi vida! ¡le deberé tanta felicidad! pero es tal vez esa misma felicidad, Emilia, la que me da ese aire que decis, tan serio, tan solemne. (*Viendo á Claudia.*) ¡Cómo! ¡vos tambien, señora! ¡cuán impaciente estoy por poderos dar otro nombre!

CLAUDIA.

Ese nombre será mi mayor gloria. ¡Cuán dichosa eres, Emilia mia! Siento que tu padre no esté aquí, porque participaria de nuestra satisfaccion.

APPIANI.

Ahora mismo acabo de separarme de sus brazos, ó mejor él se ha separado de los mios. ¡Qué hombre vuestro padre, Emilia mia! el dechado de las mas nobles virtudes; su presencia eleva mi alma; cuando pienso que voy á pertenecerle, mi resolucion se afirma en ser siempre bueno, siempre virtuoso. ¿Podria de otro modo merecer el honor de llamarle padre, de que fuerais mi esposa, querida Emilia?

EMILIA.

¡Ah! ¡por qué no ha querido aguardarme!

APPIANI.

Sin duda porque la vista de su Emilia en semejante momento habria vencido sus sentimientos, triunfado de la fuerza de su alma.

CLAUDIA.

(*A Emilia.*) El creia que estabas ocupada en tu tocado. Yo le he dicho...

APPIANI.

Lo que acabo de saber ahora mismo con tierna admiracion... Bien, querida Emilia, sereis una mujer piadosa delante de Dios; y no tendreis el orgullo de vuestra virtud.

CLAUDIA.

Pero, hija mia, conviene saber hallar tiempo para todo. Vamos, Emilia; ya es tarde, date prisa.

APPIANI.

¿Pues qué tiene que hacer, señora?

CLAUDIA.

¿No pretendereis por cierto, querido conde, llevarla al altar vestida como se encuentra?

APPIANI.

Verdaderamente no habia pensado en tal cosa; mas ¿quién puede ver á Emilia y ocuparse en su tocado? Y ¿por qué no podria ir así?

EMILIA.

No, querido conde, no, así como voy; mas tampoco mucho mas adornada... dos minutos y estoy dispuesta. No me adornaré con aquellas joyas, magnífico presente de vuestra prodigalidad; no se avendrian muy bien con la sencillez del resto de mis adornos. Además, si estas joyas no viniesen de vos las miraria con malos ojos; pues por tres veces han agitado ya mi sueño con ensueños penosos.

CLAUDIA.

¿Cómo, querida Emilia? y ¡nada me habias dicho!

EMILIA.

He soñado que llevaba esos brillantes, y que de repente cada piedra se convertia en una perla; las perlas, madre mia, significan lágrimas.

CLAUDIA.

Y ¿por qué darles esa explicacion, hija mia? es mas extravagante aun que tu sueño. Pero yo te habia visto preferir siempre las perlas á los brillantes.

EMILIA.

Sin duda, madre mia, sin duda.

APPIANI.

(*Meditando, con melancolía.*) Significan lágrimas.

EMILIA.

¿Cómo, vos tambien, conde, estais preocupado por mi sueño?

APPIANI.

Lo confieso, mal que me pese. Cuando el ánimo se ve atormentado y dispuesto á tristes impresiones...

EMILIA.

¡Por qué estais así, querido conde? Mas ¿á qué no adivinais lo que voy á hacer? ¿Cómo iba vestida la primera vez que os ví? ¿Os acordais todavía?

APPIANI.

¡Que si me acuerdo! ¡Ah! es del único modo como apareceis siempre á mi imaginacion; del único modo que os veo ahora mismo á pesar de que vayais con otro vestido.

EMILIA.

Pues bien, voy á ponerme un vestido de aquel color, del mismo corte, ancho y flotante.

APPIANI.

¡Admirable!

EMILIA.

¿Y los cabellos?

APPIANI.

Con el brillo y pulidez del ébano, en bucles, tal como los ha criado la naturaleza.

EMILIA.

Está bien, está bien; y no olvidaré la rosa. Un instante de paciencia y soy con vos.

ESCENA VIII.

EL CONDE APPIANI, CLAUDIA.

APPIANI.

(*Con tristeza sigue con los ojos á Emilia.*) Las perlas significan lágrimas... un minuto de paciencia, como si el tiempo se midiese fuera de nosotros, como si un minuto en la esfera del reloj no pudiese ser un año en nuestra alma.

CLAUDIA.

Emilia tenia razon, señor conde; y su primera mirada no la ha engañado: hoy estais mucho mas triste ó grave que de ordinario. En el momento quizá de ver colmados vuestros deseos, ¿os arrepentiríais de haberlos abrigado?

APPIANI.

¡Ah! ¡señora! ¡ah madre mia! y ¿podeis calumniar así el corazon de vuestro hijo? Sin embargo, confieso que hoy no sé por qué he de estar sombrío, inquieto... pero oid, señora, acercarse al fin no es llegar: no falta mas que un paso, pero ese paso puede encontrar un abismo. Todo cuanto sueño de dos dias á esta parte me recuerda esas tristes verdades; me persiguen, se mezclan en todas mis ideas y pensamientos, en todas mis esperanzas. ¿Por qué? Repito que no puedo comprenderlo.

CLAUDIA.

Me poneis en cuidado, señor conde.

APPIANI.

Y un mal trae otro: estoy de mal humor con mis amigos y aun conmigo.

CLAUDIA.

¿Cómo?

APPIANNI.

Mis amigos quieren absolutamente que participe mi casamiento al príncipe antes de celebrarlo... ellos me conceden de consuno que no es un deber, pero pretenden que no puedo cortesmente dispensarme de sus relaciones. He tenido la flaqueza de prometérselo, y en este momento debia irme á la corte.

CLAUDIA.

(*Absorto.*) ¿Al palacio del príncipe?...

ESCENA IX.

LOS MISMOS; PIRRO, *luego* MARINELLI.

PIRRO.

Señora, el marqués Marinelli acaba de llegar y pregunta por el señor conde.

APPIANI.

¿Por mí?...

PIRRO.

Miradle, aquí está. (*Abre la puerta y vase.*)

MARINELLI.

Perdon mil veces, señora... He ido á vuestra casa, señor conde, y me han dicho que os encontraria aquí... Tengo que comunicaros un asunto muy importante y que corre prisa... Vuelvo á pediros perdon, señora, no retendré al señor conde mas que algunos minutos.

CLAUDIA.

Y yo no quiero prolongarlos. (*Saluda y se va.*)

ESCENA X.

MARINELLI, APPIANI.

APPIANI.

¿Qué hay, caballero?

MARINELLI.

Vengo de parte de su alteza.

APPIANI.

¿Qué tiene que mandarme?...

MARINELLI.

Tengo un vivo placer en anunciaros una muestra muy elocuente del favor que su alteza quiere concederos, y si el conde Appiani no abriga para mí una extrema injusticia, no podrá desconocer por mas tiempo á uno de sus mas adictos amigos.

APPIANI.

Os suplico que no usemos preámbulos...

MARINELLI.

Está bien: el príncipe tiene que mandar al duque de Massa un ministro plenipotenciario con motivo de su casamiento con la princesa su hija: ha vacilado largo tiempo sobre la persona que le convenia elegir para esa mision, y la eleccion por fin ha recaido en vos.

APPIANI.

¿En mí?

MARINELLI.

Y me atrevo á decir, sin que pretenda con todo hacer valer mi amistad, que esta no es extraña á la determinacion de su alteza.

APPIANI.

En verdad no sé qué responderos; porque desde hace mucho tiempo, habia perdido la esperanza de que el príncipe pensase en emplear mis servicios...

MARINELLI.

Porque faltaria seguramente la ocasion, yo puedo asegurároslo, y si la que ahora se presenta no le parece aun al conde Appiani digna de un hombre como él, entonces puede acusar á mi amistad de haber sido demasiado solícita.

APPIANI.

¡Vuestra amistad!... ¿vuestra amistad, repetis?... pero ¿á quién tengo el honor de hallar? no creia por mi fe que un sentimiento tal me uniese con el marqués Marinelli.

MARINELLI.

Confieso, señor conde, que hago mal, y es sin duda en mí una presuncion imperdonable el querer ser vuestro amigo sin haber obtenido vuestra autorizacion; pero á pesar de todo ¿qué puede importaros eso?... el favor del príncipe, el honor que quiere dispensaros conservan todo su valor, y no dudo que aceptareis con sumo gusto.

APPIANI.

(*Despues de alguna reflexion.*) Pues bien, acepto.

MARINELLI.

Entonces venid conmigo.

APPIANI.

¿A dónde?

MARINELLI.

A Dosal, donde encontraremos al príncipe... Todo está pronto, y tendreis que partir hoy mismo.

APPIANI.

¡Cómo! ¿hoy mismo decís?

MARINELLI.

Y antes esta mañana que esta tarde... el asunto exige la mayor celeridad.

APPIANI.

¿Es cierto?... en tal caso tengo el sentimiento de no poder aceptar el honor que su alteza se habia dignado concederme.

MARINELLI.

¿Cómo?

APPIANI.

No puedo partir hoy ni aun mañana, ni tampoco pasado mañana.

MARINELLI.

¿Os burlais, señor conde?

APPIANI.

¿De vos?... ¿me creeis capaz?...

MARINELLI.

Así debo creerlo, porque si se tratase del príncipe, la chanza podria parecer excesiva.

APPIANI.

No, señor, no; y aun espero que el príncipe mismo encontrará mis excusas satisfactorias.

MARINELLI.

¿Y no podria saber yo tambien cuáles son esos motivos tan poderosos?

APPIANI.

¡Oh! poca cosa; os parecerá sin duda una niñería... Pero ya veis, cabalmente hoy me caso.

MARINELLI.

¡Ah! ¡ah! y ¿despues?...

APPIANI.

¿Despues... despues? vuestra pregunta abriga ciertamente una admirable inocencia...

MARINELLI.

Pero hay ejemplos, señor conde, de que las bodas se han diferido. Comprendo que para los amantes, en su prisa natural, no les ha de parecer muy agradable esa dilacion... sí, la cosa puede tener su contrariedad, no dejo de conocerlo;... pero con todo, cuando se trata de las órdenes de un amo...

APPIANI.

¡Ordenes de un amo!... esta palabra podria contestarse si se tratase de un soberano que uno mismo hubiese escogido. Convengo en que vos debeis al príncipe de Guastalla una sumision sin límites... Mas no tiene sobre mí los mismos derechos... yo me vine voluntariamente á su corte, he ambicionado el honor de servirle, pero no el de ser su esclavo: he nacido vasallo de un príncipe mas poderoso.

MARINELLI.

Mas ó menos poderoso, un amo siempre es amo.

APPIANI.

En cuanto á eso, no quisiera que entre nosotros hubiese ninguna discusion; basta que digais al príncipe lo que habeis oido. Siento mucho no poder aceptar el honor que se ha dignado concederme, porque hoy mismo debo celebrar la union que hará la felicidad de su vida.

MARINELLI.

¿Y no quereis al mismo tiempo hacerle conocer el nombre de la persona con quien os unis?

APPIANI.

Se llama Emilia Galotti.

MARINELLI.

¿La hija de esta casa?...

APPIANI.

Precisamente.

MARINELLI.

¡Oh! ¡oh!...

APPIANI.

¿Qué quereis decir?

MARINELLI.

Pensaba despues de oir el nombre de vuestra futura que no seria difícil diferir la ceremonia hasta que estuvierais de vuelta.

APPIANI.

¿La ceremonia?...

MARINELLI.

¿De seguro que sus indulgentes padres no serán muy susceptibles?

APPIANI.

¡Indulgentes padres!

MARINELLI.

Vamos, que no os ha de faltar vuestra conquista; no lo temo.

APPIANI.

¿No lo temeis?... ¿no lo temeis, decís?... debo observaros que sois un tanto insolente.

MARINEELLI.

¿Es á mí á quien hablais, conde?

APPIANI.

¿Pues á quién si no?...

MARINELLI.

¡Por el cielo y el infierno juntos, que me dareis una explicacion!...

APPIANI.

¡Ba! el mono es un animal muy cazurro, pero...

MARINELLI.

¡Por el cielo y el infierno juntos, repito, me dareis satisfaccion!

APPIANI.

No hay inconveniente.

MARINELLI.

Y la tomaria al instante, si no temiese acabar la felicidad que este dia tan hermoso promete á un corazon enamorado.

APPIANI.

¡Oh! no os hagais violencia. (*Le toma la mano.*) Es verdad que no tengo tiempo para partir á Massa, pero lo tengo de sobras para dar un paseito con vos.

MARINELLI.

Tened paciencia, conde; tened paciencia. (*Procura desentenderse y se va.*)

ESCENA XI.

APPIANI, CLAUDIA.

APPIANI.

¡Véte, miserable!... ¡Ah! eso me ha puesto mejor, mi sangre circula mas libremente... me siento en mejores disposiciones.

CLAUDIA.

(*Saliendo precipitadamente y con inquietud.*) Dios mio, querido conde; he oido palabras alarmantes... Vuestro rostro lleva pintada la indignacion... ¿qué ha pasado?

APPIANI.

Nada, señora, menos que nada aun...El chambelan Marinelli me ha hecho un señalado servicio; me ha dispensado de mi visita al príncipe.

CLAUDIA.

¿Y nada mas, querido conde?

APPIANI.

Podremos partir mucho mas pronto... Voy á mi casa para que se despachen presto mis criados y vuelvo dentro pocos minutos... Mi Emilia podrá entre tanto terminar sus preparativos...

CLAUDIA.

¿Es decir, que puedo estar completamente tranquila?

APPIANI.

Completamente, os lo aseguro, madre mia. (*Vase el conde y Claudia se dispone á irse.*)

ACTO TERCERO.

Salon de la quinta de recreo del príncipe.

ESCENA PRIMERA.

EL PRINCIPE, MARINELLI.

MARINELLI.

Todo ha sido inútil; ha rechazado el honor que vos queriais dispensarle.

PRÍNCIPE.

¿Y ha quedado así la cosa? ¿no sabeis otro remedio? ¿hoy mismo se casa con Emilia...

MARINELLI.

Segun todas las apariencias.

PRÍNCIPE.

¡Y tanto como me habia prometido de vuestra intervencion!... Habreis andado torpe en el asunto... No hay duda que el consejo de un necio puede ser útil algunas veces, pero conviene confiar su ejecucion á un hombre sensato... Hé aquí lo que no debia haber olvidado.

MARINELLI.

Me dais en verdad magnífica recompensa.

PRÍNCIPE.

¿Y qué debo recompensaros?

MARINELLI.

El que os haya servido aun á riesgo de mi vida... Cuando he visto que no bastaban todas mis chanzas y razones para que Appiani se determinase á sacrificar su amor al honor que vos queriais dispensarle, he intentado ponerlo colérico... le he dicho palabras que le han hecho perder los estribos... estaba furioso; yo he fingido ofenderme de su proceder y de sus palabras... y le he pedido una satisfaccion, exigiendo que me la diese al instante... Yo pensaba en mis adentros... ó le mataré ó me matará... Si yo le mato, nos deja el campo libre; si él me mata, se verá obligado á tomar la fuga, y á lo menos gana tiempo el príncipe.

PRÍNCIPE.

¡Cómo! ¿eso habeis hecho, querido Marinelli?...

MARINELLI.

¡Ah! uno debiera prever, cuando es bastante necio para sacrificarse por los grandes, debiera prever, digo, el agradecimiento que puede atraerse...

PRÍNCIPE.

¿Y el conde?... Tiene fama de darse por entendido con pocas palabras en semejante ocasion.

MARINELLI.

Sin duda... nadie ha puesto jamás en tela de juicio su valor; pero me ha contestado que hoy tenia otro negocio mucho mas importante que el de batirse conmigo. Y ha aplazado la pendencia para ocho dias despues de su casamiento.

PRÍNCIPE.

¡Su casamiento con Emilia Galotti! ¡Ese pensamiento me trastorna la razon!... ¿Y os habeis detenido ante eso?... Y venís despues de tan bellos resultados á envaneceros por haber expuesto la vida en mi servicio... por haberos sacrificado.

MARINELLI.

Permítame vuestra alteza que le pregunte qué mas podia yo hacer en tal caso, que no lo haya hecho.

PRÍNCIPE.

¿Qué mas podiais hacer?... Como si hubiesels hecho alguna cosa...

MARINELLI.

Y vos, monseñor, ¿no me direis tambien el fruto que habeis sacado de vuestros pasos tocante al particular? Vos habeis encontrado felizmente á Emilia en la iglesia; y ¿en qué habeis convenido entrambos?

PRÍNCIPE.

(*Con desden.*) ¡No faltaria mas sino que aun tuviera que satisfacer vuestra curiosidad! ¡Vaya! todo ha sido para el mejor resultado; y de hoy en adelante, ingenioso amigo, vuestra infatigable actividad podrá tomar á sus anchas tanto descanso como quiera. Ha sobrepujado á mis esperanzas. Ella ha premiado mis afanes y no sé por qué no la he llevado aquí... (*Con frialdad y altivez.*) Ahora que ya sabeis lo que queriais saber, retiraos.

MARINELLI.

¡Retiraos!... Hé aquí la palabra de costumbre, la palabra que mereceria aun cuando intentase lo imposible! no, eso no lo seria nunca absolutamente; pero cuando menos seria prodigiosamente atrevido... Yo creo que si la novia cayese en nuestro poder, ya no seria cuestion del casamiento.

PRÍNCIPE.

¿Y qué riesgos habria que arrostrar, si un hombre resuelto tomase un piquete de mi guardia, se colocase en emboscada á un lado del camino, y cayese de repente sobre la gente del conde, arrebatase á la tímida jóven y la llevase en triunfo á mis brazos?

MARINELLI.

Pero ¿no seria mejor, príncipe mio, obtener el mismo resultado sin que nadie pudiese sospechar de los agentes de la empresa?

PRÍNCIPE.

Si fuerais capaz de formarla, no perderiais todo ese tiempo en vanas palabras.

MARINELLI.

Mas, podria suceder en tal ejecucion algun percance de que no tuviese que ser responsable.

PRÍNCIPE.

¿Me habeis visto jamás hacer responsable á nadie de las cosas que no estaba en su mano evitar?

MARINELLI.

Pues bien, monseñor... (*Se oye á lo lejos un tiro de fusil.*) Mas ¿qué es eso? ¿me han engañado mis oidos? ¿Habeis oido, monseñor? Creo que ha sido un tiro... (*Se oye otro tiro.*) Otro.

PRÍNCIPE.

Pero ¿qué es eso? ¿qué pasa, Marinelli?

MARINELLI.

¿Qué os parece á vos, monseñor? Ahora quizá no mereceré los reproches que hace poco dirigiais á mi torpeza.

PRÍNCIPE.

Explicaos: ¿qué es eso?

MARINELLI.

En dos palabras, lo que os he dicho que podria hacerse, lo he hecho.

PRÍNCIPE.

¿Será posible?

MARINELLI.

No olvideis sin embargo la seguridad que me habeis dado; pensad que tengo vuestra palabra.

PRÍNCIPE.

Pero espero que las disposiciones habrán sido...

MARINELLI.

Tomadas tal como se debe en semejantes negocios; la ejecucion ha sido confiada á hombres seguros. El camino que debia seguir la comitiva pasa al pié mismo de la empalizada que cierra vuestro parque; algunos hombres pararán el coche como para robarlo; otros capitaneados por uno de mi confianza, saldrán del parque y fingirán que van á dar socorro. En medio de la confusion mi ayuda de cámara cogerá á Emilia; la llevará oficiosamente á través del parque y vendrá á ponerla en seguridad en este castillo. ¿Qué os parece nuestro plan, querido príncipe?

PRÍNCIPE.

Confieso en verdad que me sorprendeis de una manera extraordinaria, y estaré inquieto hasta ver el resultado. (*Marinelli se acerca á una ventana.*) ¿Qué es lo que veis?

MARINELLI.

Todo ha terminado sin duda; sí, un hombre enmascarado salta por la empalizada; vendrá á noticiarme el buen éxito... ¿Quereis dejarme solo, monseñor?

PRÍNCIPE.

¡Ah! ¡Marinelli!

MARINELLI.

¡Cómo, monseñor! Hace poco os quejabais de que habia hecho poco, ¿habré hecho ahora demasiado?

PRÍNCIPE.

No digo eso; pero temo que...

MARINELLI.

¿Qué teneis que temer? pensemos tan solo en el presente... Mas retiraos pronto, pronto; no sea que os vean, y no conviene.

ESCENA II.

MARINELLI, *solo*; ÁNGELO *despues.*

MARINELLI.

(*Acercándose á la ventana.*) El coche vuelve lentamente á la ciudad, muy lentamente: va un criado á cada una de las dos portezuelas. ¡Ah! eso no me gusta; parece que el negocio no se ha hecho mas que á medias, que se trasporta un herido y no un muerto. El enmascarado se acerca; es Angelo: parece que el bribon entiende su oficio. Me hace señas, debe estar seguro de su hazaña. ¡Ja! ¡ja! señor conde, no podiais partir á Massa hoy, y sin embargo yo he logrado que os embarcaran para un viaje mucho mas largo. Y ¿quién os ha enseñado á conocer tan bien á los monos? (*Se acerca á la puerta.*) Razon teniais, el mono es un animal muy cazurro. ¿Qué tal, Angelo?

ÁNGELO.

Preparaos, señor chambelan, van á traerla al momento.

MARINELLI.

¿Cómo ha ocurrido la cosa?

ÁNGELO.

Me parece que no podia quedar mejor.

MARINELLI.

¿Cómo está el conde?

ÁNGELO.

Andando muy despacio para serviros. Creo que habia olfateado la mecha; pues estaba prevenido.

MARINELLI.

Pronto, dime lo que tienes que decirme. ¿Ha muerto?

ÁNGELO.

Y es una lástima; ¡un señor tan apuesto y tan valiente!

MARINELLI.

Toma; aqui tienes para consolar tu buen corazon. (*Le arroja un bolsillo de oro.*)

ÁNGELO.

Mi pobre amigo Nicolo ha hecho el gasto de la aventura.

MARINELLI.

¡Demonio! ha habido pues pérdida por ambas partes.

ÁNGELO.

Era un muchacho honrado, y le lloraré amargamente á pesar de que su muerte dobla mis derechos en esta suma. (*Sospesando el bolsillo.*) Soy su heredero, porque le he vengado; esa es la costumbre entre nosotros. ¿No os parece, señor chambelan, honrado y amistoso ese proceder? Nicolo...

MARINELLI.

¡Ea! deja en paz á tu Nicolo, y háblame del conde, pronto, del conde ¿lo oyes?

ÁNGELO.

En un abrir y cerrar de ojos el conde ha dado cuenta de Nicolo, y yo he dado cuenta del conde; ha caido; y os aseguro que si ha entrado vivo en su coche yo salgo garante de que no saldrá de igual modo.

MARINELLI.

¿Estás seguro, dices, Angelo?...

ÁNGELO.

Que el cielo me quite vuestra parroquia, si miento. ¿Teneis algo mas que mandarme? no tengo tiempo que perder; porque quiero haber pasado la frontera antes de terminar el dia.

MARINELLI.

Marcha.

ÁNGELO.

Si me necesitais, ya sabeis, señor chambelan, dónde conviene dar el aviso. Lo que otro tenga valor de emprender, lo haré yo con sumo gusto; y en cuanto al precio, me atrevo á decir que nadie es mas equitativo que yo. (*Vase.*)

MARINELLI.

(*Solo.*) Bueno, bueno. Sin embargo, no estoy muy satisfecho. ¡Ese maldito hombre! ¿por qué ahorrarse de ese modo el trabajo? ¿no valia acaso la pena de darle al conde un segundo golpe? ¡Pobre conde! tal vez está sufriendo espantosos dolores... ¡Malhaya ese Angelo! ha sido verdaderamente cruel no rematándolo... Mas el príncipe debe ignorar todo eso; conviene que antes reconozca cuánto le importaba la muerte del conde. ¡La muerte del conde! ¡Por Cristo! daria cualquier cosa por estar cierto de ella.

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE, MARINELLI.

PRÍNCIPE.

Emilia viene, la veo en la grande avenida... corre delante de vuestro ayuda de cámara... el miedo le presta alas. La pobre niña no sospecha nada de nuestra asechanza, creyendo solamente escapar de los ladrones; pero ¿cuánto puede durar su error?

MARINELLI.

Ya la teneis en vuestro poder, y me parece que no es este mal principio.

PRÍNCIPE.

Mas ¿no vendrá á buscarla su madre? ¿En este mismo instante no estará el conde tambien corriendo en su busca? ¿Qué haremos? ¿cómo sustraerla á su persecucion... á sus pesquisas?

MARINELLI.

No puedo responder anticipadamente á todas las dificultades que podeis imaginar. Ya veremos á medida que se vayan presentando. Paciencia, monseñor: primero convenia dar el primer paso.

PRÍNCIPE.

¿Y qué alcanzaremos si luego hemos de retroceder?

MARINELLI.

Mas quizás no retrocederemos: no todas las probabilidades estarán contra nosotros. Además vos olvidais el mas poderoso de todos vuestros auxiliares.

PRÍNCIPE.

Pues yo os aseguro que no he olvidado nada porque todavía no he podido coordinar mis pensamientos... ¿Y cuál es ese poderoso auxiliar?

MARINELLI.

El arte de agradar, de persuadir... ¿Acaso faltó jamás á ningun príncipe enamorado tan eficaz auxiliar?

PRÍNCIPE.

Pues al contrario, yo creo que falta siempre, y cuando mas empeño se tiene en lograr su objeto... Hoy he podido hacer por mi mismo la triste experiencia: todas mis súplicas y protestas no han podido arrancar de sus labios una sola palabra... Estaba delante de mi, indecisa... trémula, con los ojos al suelo como el criminal que aguarda su sentencia de muerte... Su turbacion me ha vencido... temblaba como ella; y he acabado por pedirle humildemente perdon... apenas me atreveria ahora á decirle de nuevo una palabra... Cuando menos quiero evitar sus primeras miradas... La recibireis vos, Marinelli... yo escucharé desde la pieza contigua, y juzgaré de sus disposiciones presentándome cuando sea mas dueño de mí... (*Vase.*)

ESCENA IV.

MARINELLI *solo, luego* SU AYUDA DE CÁMARA BAUTISTA *y* EMILIA.

MARINELLI.

Con tal que no haya visto caer al conde. Y es muy posible, mas el miedo ha precipitado tanto su carrera... Aquí viene; yo tambien quiero evitar sus primeras miradas.

BAUTISTA.

Entrad aqui, señorita.

EMILIA.

(*Sin aliento.*) ¡Ah! gracias, amigo mio... os doy mil gracias... Pero ¡Dios mio!... ¿dónde estoy? ¿por qué me encuentro sola? ¿dónde está mi madre? ¿dónde está el conde? ¿no me siguen? ¿no están cerca de mí?

BAUTISTA.

Lo supongo...

EMILIA.

¡Lo suponeis!... pero ¿no estais seguro? ¿no los habeis visto?... ¿no han disparado tras de nosotros tiros?

BAUTISTA.

¿Tiros?... Tal vez...

EMILIA.

No, que es muy cierto... y habrán herido al conde ó á mi madre...

BAUTISTA.

Voy á ver lo que es de ellos.

EMILIA.

No os vayais sin mí... os seguiré... yo lo quiero; venid, amigo mio...

MARINELLI.

(*Saliendo á su encuentro como por casualidad.*) ¡Ah! señorita, ¿qué casualidad... ó mas bien qué dicha... qué feliz casualidad nos proporciona?...

EMILIA.

(*Sorprendida.*) ¡Cómo! ¡vos aqui, caballero!... ¿Seria esta vuestra casa?... Dispensadme, señor chambelan... Hemos sido acometidos por unos ladrones muy cerca de aqui... y gente brava y compasiva ha venido en nuestro auxilio... este hombre me ha cogido del coche y me ha traido á esta casa... Pero tiemblo al pensar que tal vez yo sola me haya librado del peligro... mi madre no estará todavía en seguridad, pues he oido tiros... Ella habrá muerto tal vez, y ¡yo todavía vivo!... Perdonadme, os dejo... voy á buscarla; no debia haberla abandonado.

MARINELLI.

Tranquilizaos, señorita, todos están en salvo... las personas queridas que os inspiran tan dulces sentimientos y tal zozobra, pronto estarán á vuestro lado... Id, Bautista, corred, tal vez ignoran dónde se encuentra la señorita, ó la están buscando en alguna de las casas que hay en el interior del parque. Guiadlos hácia aqui al momento.

ESCENA V.

MARINELLI, EMILIA.

EMILIA.

¿Estais seguro de que nada les ha sucedido, de que están en seguridad? ¡Ah! ¡cuánta turbacion y espanto tiene para mí este dia... Mas no quisiera permanecer aqui... quisiera ir en su busca...

MARINELLI.

Y ¿cómo, señorita? si apenas podeis respirar y sosteneros... Calmaos, dignaos entrar en otro aposento donde estareis mas cómoda... Apostaria que el príncipe en persona está en este momento al lado de vuestra respetable madre, y que va á llevarla aqui.

EMILIA.

¿Qué decis?...

MARINELLI.

El príncipe, nuestro gracioso soberano...

EMILIA.

(*Sorprendida en extremo.*) ¡El príncipe!...

MARINELLI.

A la primera noticia ha volado en vuestro auxilio... Está indignado de tanta audacia, de un crimen tan espantoso perpetrado tan cerca de él... casi á su misma presencia... Ha mandado perseguir á los criminales, y si les llega á dar alcance, el castigo será ejemplar.

EMILIA.

¡El príncipe!... ¿En qué sitio estamos pues?...

MARINELLI.

En Dosalo, quinta de recreo del príncipe.

EMILIA.

¡Dios eterno! Y ¿creeis que pronto vendrá?...

MARINELLI.

¡Miradle!...

ESCENA VI.

El PRÍNCIPE, EMILIA, MARINELLI.

PRÍNCIPE.

¿Dónde está?... Os buscamos por todas partes... estando vos en salvo... nada hay ya que temer... El conde... vuestra madre...

EMILIA.

¡Ah! monseñor, ¿dónde están?... ¿dónde está mi madre?...

PRÍNCIPE.

Cerca de aquí... á cuatro pasos de distancia...

EMILIA.

¡Dios mio! ¿en qué estado encontraré á los dos?... Mas ¿es cierto que los veré?... ¿no me ocultais nada, monseñor?... ¡Lo comprendo! vos me ocultais alguna desgracia.

PRÍNCIPE.

Nada de eso... Dadme el brazo y seguidme en confianza.

EMILIA.

(*Indecisa.*) Pero si nada les ha sucedido, si mis presentimientos me engañan, ¿cómo no están aquí?... ¿por qué no han venido con vos, monseñor?

PRÍNCIPE.

Daos prisa, y bien pronto quedarán disipados los tristes fantasmas que forjan vuestros temores...

EMILIA.

¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿qué haré?

PRÍNCIPE.

¿Temeis de mí, señorita?

EMILIA.

(*Cae de rodillas.*) Monseñor, miradme á vuestros piés.

PRÍNCIPE.

(*Levantándola.*) ¿Por qué os humillais... Emilia? .. si, yo he merecido este mudo reproche... he merecido sufrir la vergüenza de que sospecharais de mí... mi conducta de esta mañana ha sido imperdonable... no pretendo justificarla... pero perdonad mi flaqueza... Conozco que debia ahorraros una confesion de que nada podia esperar... el espanto que os he causado y vuestro pertinaz silencio, me han castigado del modo merecido.... ¡Ah! dejadme bendecir ese accidente al cual debo la dicha de veros, de hablaros otra vez mas antes de que mis esperanzas queden para siempre frustradas!... quiero aprovechar el favor inesperado del cielo que difiere por algunos instantes el cumplimiento de mi eterna desdicha, para solicitar nuevamente vuestro perdon...quiero... no temais... hermosa Emilia... quiero obedecer á cada una de vuestras miradas; ninguna palabra, ningun suspiro ofenderá vuestra voluntad... Pero os lo ruego, no tengais esa desconfianza; no dudeis un instante del absoluto imperio que ejerceis en mí... no creais que teneis necesidad de otra proteccion contra mí mismo... Seguidme, señorita; venid sin recelo á otros lugares llenos del respeto que vos inspirais... (*Llevándosela con blanda violencia.*) Seguidnos, Marinelli.

MARINELLI.

¡Seguidnos!... eso quiere decir... no nos sigais... Y ¿por qué habria de seguirles?... Dejémosles correr los azares de esa entrevista; mi papel está solamente en impedir que nadie les interrumpa... Les creo para siempre al abrigo de todo peligro por parte del conde... pero nos queda una madre, y seria un milagro que se hubiese retirado tranquilamente dejando á su hija en nuestras redes... ¡Hola! aquí está Bautista... ¿Qué hay?

ESCENA VII.

BAUTISTA, MARINELLI.

BAUTISTA.

(*Sale con precipitacion.*) Estad alerta, señor Chambelan; ha venido la madre.

MARINELLI.

Ya lo habia previsto... ¿dónde está?

BAUTISTA.

Si no salís á su encuentro, pronto entrará en esta misma estancia... Cuando me habeis mandado que fuese á buscarla, he comprendido muy bien que no convenia hallarla; pero he oido desde lejos sus lamentos; sigue el rastro á su hija y tal vez á todo nuestro negocio... Sus gritos han agregado á su alrededor á todos los campesinos de las cercanias; cada uno de ellos se ofrece á servirle de guia... tal vez

le hayan dicho ya que el príncipe se encuentra aquí y vos tambien. ¿Qué se ha de hacer?

MARINELLI.

(*Reflexionando.*) Aguarda un poco... No dejarla entrar, si sabe que su hija está aquí... es imposible... ¡Qué ojos va á poner cuando vea al lobo voraz tan cerca de su querida oveja!.. Mas ¡por Cristo! que no quedaremos pagados solo con algunas miradas... sino que va á gritar y á quebrarnos la cabeza... Pero en fin, cuando se canse de gritar, fuerza será que se calle... Un poco mas tarde ó mas temprano no habia otro remedio que pasar por esto... Además, nos importa atraerla á nuestros intereses... ó no conozco á las mujeres, ó hay pocas cuyo orgullo no quede mas que satisfecho con tener un príncipe por yerno,.. ó poco menos... Hacedla entrar... Bautista, hacedla entrar.

BAUTISTA.

¿No la oís? ya está aquí.

CLAUDIA.

(*Desde dentro.*) ¡Emilia! ¡Emilia! ¡hija mia! ¿dónde estás?

MARINELLI.

Corred, Bautista, y haced de modo que se vayan los curiosos que la acompañan.

ESCENA VIII.

CLAUDIA, BAUTISTA, MARINELLI.

CLAUDIA.

(*Encontrando á Bautista en el momento en que iba á buscarla.*) ¡Ah! ¡este es el que la ha arrancado de mis brazos, es el que ha robado á mi hija! le conozco... ¿Qué has hecho de mi hija? ¡habla, desgraciado!

BAUTISTA.

Ese es el pago que merecen mis afanes por haberla...

CLAUDIA.

¡Tus afanes!... ¿Será posible? ¡Ah! perdonadme, buen hombre, ¿dónde está? no me hagais padecer mas...

BAUTISTA.

¡Oh! tranquilizaos, señora, no estaria mas segura bajo el amparo de su ángel tutelar... Aquí está mi amo que podrá conducir á vuestra gracia al lado de ella. Retiraos vosotros, (*Hablando con los que acompañan á Claudia y quieren quedarse con ella.*)

ESCENA IX.

CLAUDIA, MARINELLI.

CLAUDIA.

(*Mira á Marinelli y retrocede.*) ¿Su amo?... Es su amo... ¡Vos aquí, señor!... y mi hija ¿está aquí tambien? y ¿vais á conducirme á su lado?

MARINELLI.

Al instante, señora...

CLAUDIA.

Aguardad un momento... recuerdo... ¿No sois vos... el que esta misma mañana ha venido á mi casa buscando el conde?... ¿vos... con quien le he dejado, que ha tenido con él una querella?...

MARINELLI.

¿Una querella? no, señora, al menos que yo sepa... Hemos tenido una conversacion muy apacible relativa á los intereses del príncipe.

CLAUDIA.

¿No os llamais Marinelli?

MARINELLI.

Marqués de Marinelli.

CLAUDIA.

Bueno... pues, escuchadme, señor marqués... de Marinelli... ese nombre de Marinelli... despues una horrible maldicion... Mas no, no calumniemos á esa noble criatura. La maldicion no ha sido él sino yo quien la ha añadido; el nombre de Marinelli es la última palabra que el conde al morir ha pronunciado...

MARINELLI.

¿Qué escucho? ¿el conde ha muerto? Ya veis, señora, eso es lo único que me conmueve de todo cuanto me habeis dicho. ¿El conde Appiani ha muerto? eso es lo único que he creido comprender.

CLAUDIA.

(*Despacio y con intencion.*) El nombre de Marinelli es la última palabra que el conde ha pronunciado al espirar. ¿Me comprendeis, caballero? Yo tampoco lo habia comprendido al principio, aunque la ha pronunciado... esa palabra, con un acento, con un tono... ¡Dios mio! todavía la estoy oyendo. ¿Cómo no he comprendido todo lo que queria decir?

MARINELLI.

Pero ¿qué, señora? yo era desde mucho tiempo amigo del conde, su mas íntimo amigo. Y si al morir ha pronunciado mi nombre...

CLAUDIA.

¡¡¡Con aquel acento!!! yo no puedo imitarlo,

no sabria daros una idea; pero ese acento lo explica todo, lo atestigua todo. No son ladrones los que nos han acometido; son asesinos, asesinos pagados... ¡Marinelli!... ¡Marinelli!... esa es la última palabra que el conde al morir ha pronunciado con aquel acento!...

MARINELLI.

¡Señora! ¿ese acento que habeis oido en un momento de terror... seria suficiente para que con tal indicio pretendierais acusar á un hombre como yo?...

CLAUDIA.

¡Ah! ¡si compareciésemos ante los jueces y pudiese yo hacerles comprender aquel acento!... Mas ¡ay de mí desdichada! ya me olvidaba de mi hija... ¿dónde está?... ¡cómo! ¿ha muerto tambien? ¿qué culpa tenia mi hija si el conde Appiani era tu enemigo?

MARINELLI.

Señora, todo se lo perdono á los terrores de una madre... Venid, señora; vuestra hija está aquí en el cuarto contiguo, repuesta sin duda de su espanto. El príncipe en persona está procurando tranquilizarla con la mas tierna solicitud.

CLAUDIA.

¿Qué decis?

MARINELLI.

El príncipe.

CLAUDIA.

¡El príncipe!... ¿el príncipe en persona? ¿el príncipe de Guastalla?

MARINELLI.

¿Pues qué otro podria ser?...

CLAUDIA.

¡Todo lo comprendo ahora!... ¡Oh! ¡madre infeliz!... Y ¡su padre!... ¡su padre!... ¡maldecirá el dia de su nacimiento.. y maldecirá á su desdichada Claudia!...

MARINELLI.

En nombre del cielo, señora, ¿qué es lo que suponeis!...

CLAUDIA.

No supongo nada, todo es evidente. Hoy mismo... en el templo... al pié mismo de los altares... en presencia del Todopoderoso... han comenzado; y hace poco: ¡han comenzado el crimen! (*Se adelanta hácia Marinelli.*) ¡Asesino! ¡cobarde!... ¡infame asesino!... bastante miserable para herir con tu propia mano, pero mas vil para pagar á tus cómplices... ¡Esos cómplices deben avergonzarse de tí... de tí, el mas abyecto y vil de todos los bandidos!.... ¡Dónde hay palabras que puedan satisfacer mi enojo! ¿Por qué no puedo imprimir en tu frente la vergüenza de tu crimen!... ¡Servil encubridor del libertinaje del príncipe, sí, por él has hecho matar al conde!... ¡infame instrumento de los vicios de tu amo!

MARINELLI.

Estais soñando, señora. Pero moderad esos gritos insensatos y respetad mas los sitios en que estais.

CLAUDIA.

¡Los sitios en que estoy!... Y ¿qué le importa á la leona que le han arrebatado sus cachorros... ¿qué le importa el eco de los montes que repiten su queja?.. ¡Mi hija!... ¡Mi hija!..

EMILIA..

(*Desde dentro.*) ¡Ah! mi madre... ¡Oigo á mi madre!...

CLAUDIA.

¡Es su voz!... ¡es ella!... me ha oido... ¡Ah! y él queria que moderase mis gritos... ¿Dónde estás, hija mia?... ¡Aquí estoy yo!... ¡yo, tu madre!... (*Se precipita al cuarto donde ha oido á su hija. Marinelli la sigue.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

EL PRINCIPE, MARINELLI.

PRÍNCIPE.

(*Saliendo del cuarto de Emilia.*) Venid, Marinelli, necesito algunos instantes de reposo.... Y quiero tambien que me digais...

MARINELLI.

(*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! ¿qué decís del furor de esa tierna madre?

PRÍNCIPE.

¡Y os reis, Marinelli!

MARINELLI.

Si la hubieseis visto agitarse antes de vuestra llegada, monseñor... ¿Pero no oiais sus gritos?... y al punto que ha estado en vuestra presencia, se ha calmado como por ensalmo y se ha puesto mas mansa que un cordero... ¡Ja, ja! ¡pues no lo habia dicho yo! una madre no arranca nunca los ojos á un príncipe porque esté enamorado de su hija.

PRÍNCIPE.

Habeis observado mal; Emilia ha caido en sus brazos perdido el conocimiento; y la presencia de su hija, y no la mia, ha calmado su agitacion violenta. A causa del estado de su

hija y no por miramiento á mi persona ha dicho en voz baja, y en términos muy precisos.... lo que no habria querido oir... lo que no quisiera haber comprendido...

MARINELLI.

¿Y qué es, monseñor?

PRÍNCIPE.

¿A qué viene disimular por mas tiempo? hablad sin ambajes ni rodeos: ¿es verdad lo que ha dicho, sí ó no?

MARINELLI.

¿Y si lo fuese?

PRÍNCIPE.

¡Y si lo fuese!... ¿con que es verdad?... no hay duda... muerto... asesinado... (*Con tono amenazador.*) ¡Marinelli... Marinelli!...

MARINELLI.

¿Y bien, monseñor?

PRÍNCIPE.

Juro á Dios, é invoco á su justicia, que esa sangre no recaerá sobre mí... Si antes me hubieseis dicho que podia costar la vida al conde, primero habria sacrificado mi amor, mi vida...

MARINELLI.

¿Si antes os hubiese dicho?... ¡como si la muerte del conde hubiese sido premeditada! Yo al contrario, habia recomendado á Angelo, recomendado sopena de la vida, que no se derramara sangre; así se habria pasado sin la menor violencia, si el conde no hubiese dado el mal ejemplo; pues se ha permitido levantar el cráneo á uno de los nuestros...

PRÍNCIPE.

(*Ironía.*) Vamos, teneis razon; ha hecho mal: debia tomar con toda la calma que se efectuase vuestro proyecto.

MARINELLI.

Angelo no ha podido contenerse; ha vengado á su camarada.

PRÍNCIPE.

(*Ironía.*) Nada mas natural.

MARINELLI.

No obstante le he reprendido severamente.

PRÍNCIPE.

¡Reprendido!... ¡cuánta bondad! Procurad que no vuelva á poner los piés en este pais; porque mi reprension podria ser mas severa que la vuestra.

MARINELLI.

¡Muy bien! Angelo y yo, la culpa y la casualidad, es igual. Yo creia que estaba bien entendido, bien claramente explicado, que no seria responsable yo de los accidentes que pudiesen sobrevenir en la ejecucion.

PRÍNCIPE.

¡Accidentes!... ¿Decis que podian ó que debian sobrevenir?

MARINELLI.

(*Con fingida amargura.*) ¡Mejor todavia! Con todo, monseñor, antes que vuestra alteza me manifieste mas claramente, aun, el juicio que de mí ha formado, sufrid que os haga una corta reflexion. ¿Podia yo desear la muerte del conde? Le habia desafiado y debia darme una satisfaccion que mi ofendido honor no puede ya obtener. En tales circunstancias la sospecha que abrigais contra mí es un ultraje (*Con afectada dignidad.*) que, me atrevo á decirlo, no puede llegar hasta mí.

PRÍNCIPE.

¡Oh! ¡no hay duda!

MARINELLI.

¡Ojalá viviese el conde tadavía! Daria todo lo del mundo para rescatar su vida, aun á costa de perder el favor de mi señor (*Con amargura*), ese tesoro inapreciable que no puede comprarse con todos los bienes.

PRÍNCIPE.

Basta; os comprendo. La muerte del conde es un accidente imprevisto; vos me lo asegurais y yo quiero creerlo así; pero ¿lo creerán tambien los otros? ¿Persuadireis vos á Emilia? ¿á su madre? ¿al público?

MARINELLI.

(*Con frialdad.*) Es poco probable.

PRÍNCIPE.

Y si el mundo no cree lo que vos le decis, ¿qué creerá? ¿callais? Creerá que vuestro Angelo ha ejecutado las órdenes que yo he dado.

MARINELLI.

(*Con mas frialdad.*) Efectivamente, eso es muy verosímil.

PRÍNCIPE.

Y si quiero rechazar lejos de mí tan horrible imputacion, debo al instante mismo renunciar á todo proyecto referente á Emilia.

MARINELLI.

(*Con la mayor indiferencia.*) Eso era tambien lo que debiais hacer si el conde hubiese vivido.

PRÍNCIPE.

(*Con enojo al principio, pero reprimiéndose al instante.*) ¡Marinelli! Pero no, no me hareis perder la sangre fria: hablemos sin rodeos, os lo permito. Vos quereis decir sin duda que la

muerte del conde es una feliz coyuntura para mí; la mayor felicidad que podia esperar, puesto que su vida era un obstáculo insuperable á mi amor. Y siendo así, ¿hay que reparar en cosas tan insignificantes? ¡Pues qué! un conde mas ó menos en el mundo, ¿es por ventura tan grande acontecimiento? ¿No es eso lo que vos quereis decir, Marinelli? Está bien, convengo en que algunas gotas de sangre nada significan. Pero conviene que esa sangre se derrame en la sombra del misterio, que aproveche á los que la hayan derramado; ¿y no veis, mi buen amigo, que ahora es público é inútil nuestro crimen? La muerte del conde deja libre el sitio, pero impide acercarse á él; esa muerte indica á la pública execracion mi amor. De suerte que mas adelantado que ahora estaba esta mañana; y hé aquí el resultado de vuestras prudentes é ingeniosas maniobras.

MARINELLI.

No me está permitido contradecir al príncipe.

PRÍNCIPE.

Hablad, yo os lo mando.

MARINELLI.

Pues bien, vos me imputais, monseñor, una culpa que no tengo.

PRÍNCIPE.

Hablad, os digo.

MARINELLI.

Está bien, monseñor. Os he comprendido. Pero ¿debe acusárseme por las disposiciones que he dado, ó á vos por el paso que habeis añadido á mi proyecto sin que ni siquiera me lo participarais?

PRÍNCIPE.

¿Yo?

MARINELLI.

Sí, monseñor, permitid que os acuse. El paso que habeis dado esta mañana en la iglesia, será muy cierto que vos lo habreis dado movido por las mejores razones, que lo habreis dado con toda la discrecion y cordura necesarias; pero tambien lo es, que este paso no entraba para nada en mis cálculos sobre el proyecto.

PRÍNCIPE.

¿Y qué se ha desbaratado con ese paso?

MARINELLI.

No ha sido sin duda la órden del baile, pero sí ha destrozado el compás.

PRÍNCIPE.

¡Ea! hablemos sin figuras!

MARINELLI.

¡Pues bien! en dos palabras: al encargarme de la ejecucion de ese proyecto, Emilia ignoraba el amor del príncipe, ¿no es cierto? ¿su madre lo ignoraba tambien? Yo edificaba sobre esos cimientos, en tanto que el príncipe arruinaba la base de mi edificio.

PRÍNCIPE.

(*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Maldicion!

MARINELLI.

¡Y será culpa mia que el príncipe haya divulgado sus secretos!

PRÍNCIPE.

¡Paso fatal!...

MARINELLI.

Y si el príncipe no se hubiese vendido á sí mismo, quisiera saber qué circunstancia en todo ese plan podia haber inspirado la menor sospecha contra él á Emilia y su madre?

PRÍNCIPE.

Teneis razon.

MARINELLI.

Y sin embargo vuestra alteza no dejará de juzgarme igualmente culpable; si no tiene mas que mandarme, me retiro...

ESCENA II.

BAUTISTA, EL PRINCIPE *y* MARINELLI.

BAUTISTA.

(*Saliendo precipitadamente.*) La condesa acaba de llegar.

PRÍNCIPE.

¡La condesa! ¿qué condesa?

BAUTISTA.

La condesa Orsina.

PRÍNCIPE.

¡Orsina! Marinelli, ¿no lo oís?

MARINELLI.

Tanto me ha sorprendido como á vuestra misma alteza...

PRÍNCIPE.

Corre á su coche, Bautista; no la dejes bajar de él... dile que no estoy aquí... haz que se vuelva al instante... corre, te digo. (*Bautista se va.*) ¿Qué me querrá esta loca?... ¿cómo ha sabido que estamos aquí? ¿ha sido por casualidad; ó se habrá informado ya de lo que ha pasado aquí? ¡Ah! Marinelli, hablad... respondedme; ¿es así como me mostrais que sois amigo mio? ¿tanto se ofende la amistad por algunas palabras imprudentes?... ¿será menester que os pida perdon?

MARINELLI.

¡Ah! querido príncipe; al volver en vos, os

habeis hecho nuevamente dueño de mi alma... La llegada de Orsina es un enigma lo mismo para vos que para mí... Y lo malo es que difícilmente se dejará despedir... ¿Qué mandais entretanto?

PRÍNCIPE.

No quiero verla; voy á retirarme.

MARINELLI.

Bueno... salid corriendo; yo la recibiré...

PRÍNCIPE.

Mas solo para despedirla. No os dejeis seducir... pensad que otros asuntos mas poderosos nos reclaman...

MARINELLI.

No, querido príncipe; todo está previsto...tened valor... lo que falta aun,el tiempo lo traerá... Pero aquí está la condesa; no os detengais... En este gabinete... (*Indicándole un gabinete cuya puerta entorna.*) podreis oir lo que hablemos. (*Solo.*) ¡Pobre condesa! la compadezco, ha venido en mala ocasion.

ESCENA III.

LA CONDESA ORSINA *y* MARINELLI.

CONDESA.

(*Sin ver á Marinelli.*) Pero ¿qué es esto? ¿nadie viene á recibirme?... Nada mas que un miserable criado que parecia querer prohibirme la entrada... ¿Es esto Dosalo? ¡Dosalo, donde antes una muchedumbre compacta y atenta se apretaba en torno mio; donde el amor y su placentero cortejo iba delante de mí!... Los sitios son verdaderamente los mismos; pero... pero... ¡Ah! aquí está Marinelli. Me alegro infinito que el príncipe os haya traido... Marinelli; pero no... Lo que tengo que pedirle no depende ¡ay de mí! mas que de él, de él solo... ¿Dónde está?...

MARINELLI.

¿El príncipe, señora?

CONDESA.

¿Pues quién?

MARINELLI.

¿Contabais encontrar al príncipe aquí?... ¡vos sabeis que él está aquí!... Pero ya que estais tan bien informada, tambien sabreis seguramente que él no os aguardaba...

CONDESA.

¡Qué! ¿no habria recibido una carta que le he escrito esta mañana?...

MARINELLI.

¿Vuestra carta? Efectivamente, recuerdo que ha hablado de una carta vuestra...

CONDESA.

¡Pues bien!... en esa carta ¿no le pedia que nos viésemos hoy en Dosalo?... no me ha contestado por escrito... pero he sabido que una hora despues habia partido para Dosalo... Esa respuesta era bien clara; y... aquí estoy...

MARINELLI.

Es en verdad una casualidad muy extraña...

CONDESA.

¿Qué decis de casualidad?... no comprendeis que ha sido cosa convenida... Mi carta le da una cita, y él me responde poniéndose luego en marcha; ¿acaso podiamos entendernos mejor? Pero ¿qué teneis, señor marqués? ¿por qué poneis esa cara de espantado? ¿qué es lo que os maravilla?

MARINELLI.

Como ayer aun pareciais tan resuelta á no volver á ver al príncipe...

CONDESA.

La noche trae el buen consejo... ¿Dónde está? Pero ¿qué es lo que ha ocurrido por ahí? he oido una algazara infernal , unos gritos... queria entrar en un aposento y un criado me ha cerrado la puerta...

MARINELLI.

Mi querida, mi buena condesa...

CONDESA.

He oido voces de mujeres... ¿qué hay, Marinelli? ¡oh! hablad, hablad, ya que soy vuestra querida,vuestra buena condesa... (¡Maldita sea la gente de la corte!... cada palabra dos mentiras...) Pero ¿á qué viene ocultarse, si al fin tendré que saber dónde está?

MARINELLI.

(*Deteniéndola.*) ¿A dónde vais?

CONDESA.

Adonde debia estar ya... ¿Es por ventura conveniente que pierda el tiempo en esta antecámara, cambiando con vos insignificantes palabras, en tanto que el príncipe me aguarda en su aposento?

MARINELLI.

Os equivocais, condesa; el príncipe no os aguarda... No puede... no quiere recibiros...

CONDESA.

¡Cómo! ¿pues no está aquí? ¿no ha venido con motivo de mi carta?...

MARINELLI.

No ha venido con motivo de vuestra carta.

CONDESA.

¿Pues no decís vos mismo que la ha recibido?...

MARINELLI.

La ha recibido; pero... no la ha leido.

CONDESA.

(*Vivamente.*) ¿No la ha leido?... (*Con menos viveza.*) ¡No la ha leido!... (*Con dolor, y enjugándose los ojos.*) ¡Ni siquiera la ha leido!...

MARINELLI.

Estaria tal vez distraido... Yo no he dicho que fuese por desprecio...

CONDESA.

(*Con orgullo.*) ¡Por desprecio!... ¿Y quién osaria pensarlo? ¿necesito que se me dé esa seguridad?... Pretendeis consolarme de una manera muy imprudente, Marinelli... ¡Desprecio! ¡á mi desprecio!... y ¿por qué?... (*Con mas calma y enterneciéndose gradualmente.*) Sin duda no me ama ya... se acabó... en vez del amor otro sentimiento se ha apoderado de su corazon... eso debia ser así... Pero ¿por qué el desprecio? ¿acaso no podria ser la indiferencia; decid, Marinelli?...

MARINELLI.

¡Oh! ciertamente...

CONDESA.

(*Con arrebato.*) ¡Ciertamente!... Vaya un hombre tan sagaz, á quien se le hace decir todo lo que se quiere... La indiferencia, la indiferencia en lugar del amor; esto es, nada en lugar de algo... Aprended, hombrezuelos de la corte, vanas y frivolas criaturas, aprended de una pobre mujer que la palabra indiferencia es un sonido hueco, un sonido que hiere el aire, pero que no encarna ninguna idea. El alma no es indiferente mas que por lo que ignora, por lo que no existe; ¿puede la indiferencia existir?... ¿Comprendeis este lenguaje, Marinelli?

MARINELLI.

(*Ap.*)Al fin pareció aquello;bien me lo temia yo.

CONDESA.

¡Y qué! ¿no quereis responderme?

MARINELLI.

Contentaos con mi admiracion. Bien sabíamos, querida condesa, que erais una mujer filósofa.

CONDESA.

Sí, Marinelli, esa es la verdad. ¿Pero lo habia dejado yo comprender? ¡Oh! ¡desgraciada de mí! si álguien lo hubiese notado, entonces si que no podria quejarme nunca del desprecio del príncipe: ¿el hombre podria amar á una criatura que sin respeto á los derechos de él osase pensar como él? Una mujer que piensa ¡fuera de ahí! vale tanto como un hombre que se pone colorete. La mujer debe reir, reir siempre, esto es suficiente para cumplir su noble mision sobre la tierra; ¡eso es suficiente para mantener en alegre humor al augusto rey de la creacion! Mas yo tambien sé reir, Marinelli, y riámonos entrambos de ese divertido encuentro; escribo al príncipe que venga á Dosalo, el príncipe no lee mi carta, y sin embargo se viene aquí. ¡Ja, ja, ja! ¿No es verdad que es una maravillosa casualidad? ¿no es verdad que es muy chistoso, muy divertido? Pero reios tambien, Marinelli; el augusto rey de la creacion no se digna reir con nosotras, á pesar de que nosotras, débiles criaturas, no nos atrevemos á pensar como él. (*Seriamente y con tono amenazador.*) ¿No quereis reir?

MARINELLI.

Sí, señora condesa, ahora voy...

CONDESA.

Pero el tiempo vuela. No, no, no riamos mas. Veis, lo que me parece tan divertido, tiene tambien su lado serio, muy serio, como todo en el universo. ¿Seria tambien por casualidad que el príncipe habiendo venido aquí sin pensar en mí, debiese no obstante encontrarme? Creedme, Marinelli, esa palabra casualidad es una blasfemia; nada de cuanto pasa debajo del sol sucede por casualidad, pues ¿no veis en ello el límite trazado por la Providencia? ¡Bienhechora, omnipotente Providencia, perdóname si al hablar con este hombre vulgar, he mancillado la obra de tu sabiduría y de tu bondad con el nombre injurioso de casualidad!... Seguidme, Marinelli; no me hagais cometer segunda vez un pecado semejante.

MARINELLI.

(*Ap.*) Eso dura demasiado. (*Alto.*) Pero, querida condesa...

CONDESA.

¡Ea! dad tregua á vuestros peros... el pero supone reflexion y mi cabeza... (*Apoyando en la mano su cabeza.*) Haced de modo que yo le hable al momento, Marinelli; porque conozco que pronto no estaré en disposicion... Ya lo veis, tenemos que hablar; es indispensable que le hable.

ESCENA IV.

EL PRÍNCIPE, LA CONDESA ORSINA *y* MARINELLI.

PRÍNCIPE.

(*Ap. saliendo del gabinete.*) Es menester venir en su auxilio.

CONDESA.

(*Viendo al príncipe y quedando indecisa en acercársele.*) ¡Ah! ¡aquí está!

PRÍNCIPE.

(*Atraviesa la escena, y pasa cerca de la condesa sin detenerse y dice al pasar.*) ¡Hola! aquí tene-

mos á la bella condesa... Perdon, señora, si hoy no puedo aprovecharme del honor de vuestra visita... estoy ocupado, no estoy solo; será otra vez, querida condesa, otro dia; pero hoy no quiero detenerla aquí mucho tiempo: vos, Marinelli, seguidme.

ESCENA V.

ORSINA y MARINELLI.

MARINELLI.

Ya lo habeis oido de su propia boca, señora; no dudareis pues de mi sinceridad.

CONDESA.

¿No he oido efectivamente bien?

MARINELLI.

Digo... me parece...

CONDESA.

(*Con emocion.*) Estoy ocupado... no estoy solo... Hé aquí todos los cumplimientos, todas las consideraciones que obtendré... ¡Así es como se despide á un importuno, á un mendigo!... Ni siquiera me ha encontrado digna de algun fingimiento, de una pobre mentira; ¿está ocupado? pero ¿en qué? ¿no está solo?... ¿con quién está pues? Vamos, Marinelli, ¡por piedad! mi querido Marinelli, vos al menos, ya que él no se ha dignado procurarlo, os es tan difícil de mentir! ¿Qué tiene que hacer? ¿con quién está? respondedme lo que querais, la primera impostura que os venga á los labios... ¡Ay de mí! estaré satisfecha, y parto en seguida.

MARINELLI.

(*Ap.*) Con esta condicion voy á decirle parte de la verdad.

CONDESA.

Y bien, despachaos, Marinelli; no aguardo sino una palabra para salir de aquí! El príncipe ha dicho: será otra vez, querida condesa. ¿No es verdad que ha dicho mi querida condesa? No hay duda que sostendrá su palabra; al menos no quiero darle ningun pretexto para que falte á ella; pronto, Marinelli, una palabra y me voy.

MARINELLI.

El príncipe, querida condesa, no está verdaderamente solo; está con personas que no puede dejar un solo momento... personas que acaban de librarse de un peligro muy grande... El conde Appiani...

CONDESA.

¿Está con él? Cuidado que esta mentira no la podria aceptar... buscad otra... ¿ignorais acaso que el conde Appiani acaba de ser asesinado por unos bandidos? Yo he encontrado á la puerta de la ciudad el coche que conducia su cadáver... cuando menos creo haberlo encontrado; pero puede que fuese un sueño...

MARINELLI.

No, no era un sueño; mas las personas que iban con el conde se han librado felizmente en este castillo. Su futura, la madre de la futura que se trasladaban con él á Sabionetta, para la celebracion del matrimonio...

CONDESA.

Y ¿son estas mujeres las que están con el príncipe... la novia y la madre de la novia? ¿Es bella la novia?

MARINELLI.

El príncipe toma una viva parte en su desgracia...

CONDESA.

Aun cuando fuese fea... debe creerse que no fuese menos sensible... es en efecto una espantosa desgracia... ¡pobre niña!... creias poseerle para siempre... y para siempre le has perdido... ¿Quién es esa novia? ¿la conozco? hace tanto tiempo que dejé la ciudad, que no sé lo que en ella ocurre...

MARINELLI.

Se llama Emilia Galotti.

CONDESA.

¡Emilia Galotti!... ¿Qué habeis dicho? ¡Emilia Galotti! ¡Cuidado, Marinelli, no sea que tome esa mentira por una verdad!

MARINELLI.

¿Y por qué?

CONDESA.

¡Emilia Galotti!...

MARINELLI.

No creia que la conocierais.

CONDESA.

Desde hoy únicamente; mas ¿qué importa? Marinelli, ¿hablais formalmente? ¿Emilia Galotti es la esposa infortunada á quien tributa sus cuidados ahora el príncipe?

MARINELLI.

(*Ap.*) Quizá le he dicho demasiado.

CONDESA.

Y el conde Appiani, el que acaba de ser asesinado, ¿era el prometido?

MARINELLI.

Sin duda alguna...

CONDESA.

(*Dando palmadas.*) ¡Bravo! ¡oh! ¡bravo! ¡bravísimo!

MAERLNT.

¿Mas qué teneis?

CONDESA.

¡Oh! un pensamiento infernal: ¡gloria al demonio que lo ha inspirado!

MARINELLI.

¿Qué dices del demonio?

CONDESA.

Si, con sumo gusto daria un abrazo á este demonio aunque tomase vuestra figura, Marinelli.

MARINELLI.

¡Condesa Orsina!

CONDESA.

Venid aquí.... miradme bien á la cara... fijad vuestros ojos en los mios.

MARINELLI.

¿Y qué?

CONDESA.

¿No adivinais lo que estoy pensando?

MARINELLI.

No por cierto.

CONDESA.

¿Vos no teneis ninguna parte en todo eso?

MARINELLI.

¿Qué quereis decir?

CONDESA.

¿Lo jurais? Mas no, no jureis, que seria un nuevo pecado mortal. Sin embargo, ¿qué importa un pecado mortal mas ó menos para el condenado? ¡jurad, pues, Marinelli, que no habeis tomado ninguna parte en el asesinato del conde!

MARINELLI.

¡Condesa, me espantais!

CONDESA.

¡No lo dudo! ¿Y nada sospecha vuestro buen corazon?

MARINELLI.

¿Qué mas?

CONDESA.

Bien; voy á deciroslo... voy á confiaros un secreto que os hará erizar los cabellos, que os horrorizará... pero aquí tan cerca de la puerta podrian oirnos; alejémonos. (*Poniendo un dedo en la boca.*) Escuchadme; voy á deciroslo en voz baja... (*Se acerca como para hablarle al oido, mas de pronto exclama con voz horrible.*) ¡El príncipe es un asesino!

MARINELLI.

¡Condesa! ¡condesa!... ¿habeis perdido el juicio?...

CONDESA.

¡Perdido el juicio! (*Riendo á carcajada casi histérica.*) ¡Ja, ja, ja! Pocas veces ó ninguna quizá, me ha guiado el juicio mejor que ahora... Lo que he dicho es cierto; pero aquí para los dos, Marinelli, el príncipe es asesino, el asesino del conde Appiani... No son los bandidos, no, sino los agentes del príncipe, el mismo príncipe quien le ha dado muerte.

MARINELLI.

¿Cómo ha podido brotar de vuestros labios, forjarse en vuestra mente una sospecha tan monstruosa?

CONDESA.

¿Cómo?... de la manera mas sencilla. Esa Emilia Galotti que en este momento está encerrada con el príncipe; esa Emilia Galotti cuyo esposo ha sido villanamente asesinado, es la misma jóven á quien el príncipe ha hablado largo tiempo esta misma mañana en la iglesia de los dominicos; yo lo sé muy bien; pues mis espias les han observado; y han oido tambien lo que él le decia. ¡Y bien! pobre señor, ¿direis aun que he perdido el juicio?... ó no me ha quedado bastante para coordinar mis ideas, para deducir consecuencias?... ¿ó pensais que todo eso se ha encadenado tambien por casualidad? En tal caso, desgraciado Marinelli, tan mal comprendeis la perversidad del corazon, como las vias de la Providencia.

MARINELLI.

Condesa, pensad que jugais vuestra cabeza.

CONDESA.

Si vendo el secreto, ¿no es verdad? mejor, mejor que mejor; asi mañana en la plaza mas grande me oirá la ciudad entera, y si alguno osa contradecirme, le diré: Tú eres el cómplice del asesino... Adios. (*Al irse encuentra en la puerta al viejo Galotti, que sale precipitadamente.*)

ESCENA VI.

EDUARDO GALOTTI, LA CONDESA, MARINELLI.

EDUARDO.

Perdonad, señora, á un...

CONDESA.

Nada tengo que perdonar; yo no soy nada aquí; hablad al señor. (*Indicando á Marinelli.*)

MARINELLI.

(*Ap. al ver á Eduardo.*) Para acabar, aquí está el padre.

EDUARDO.

Perdonad, señor, á un padre en la mayor desesperacion, que me haya introducido sin anunciarme.

CONDESA.

(*Retrocediendo.*) El padre de Emilia, sin duda... Sed bien venido.

EDUARDO.

Un criado ha venido á escape para noticiarme que mi familia habia sido asaltada cerca de aquí... Vengo corriendo, y al llegar me dicen que el conde Appiani está herido y que lo habian conducido á la ciudad, que mi mujer y mi hija han podido escapar amparándose en este castillo: ¿dónde están, pues, señor? ¿dónde están?

MARINELLI.

Tranquilizaos, anciano,... vuestra mujer y vuestra hija se han librado sin mas que un poco de miedo; vais á encontrarlas en el mejor estado; el príncipe está con ellas: voy á anunciaros.

EDUARDO.

¿Por qué se me ha de anunciar?

MARINELLI.

¿Por qué... pues... á causa del príncipe... ¿Habeis olvidado vuestra situacion en la corte? no gozais que digamos de gran favor en ella... El príncipe atiende con mucho interés en este instante á vuestra esposa y á vuestra hija... pero porque son mujeres, y tal vez vuestra imprevista llegada desagradaria á su alteza.

EDUARDO.

Teneis razon, señor, teneis razon.

MARINELLI.

Pero antes, señora condesa, tendré el honor de acompañaros hasta el coche.

CONDESA.

No, todavia no.

MARINELLI.

(*Tomándola por la mano.*) Permitidme, señora, que cumpla con mi deber.

CONDESA.

Mas despacio, señor; yo os dispenso de ese deber... Vuestros semejantes confunden fácilmente el deber y la cortesía, para no respetar luego mas al uno que á la otra... Daos prisa á introducir á ese respetable anciano; ese es por de pronto vuestro deber.

MARINELLI.

¿Olvidais lo que el príncipe os ha mandado?

CONDESA.

Que venga él mismo á repetirme sus órdenes, aquí aguardo.

MARINELLI.

(*En voz baja á Galotti, llevándole aparte.*) Dispensadme, coronel, si os dejo con una mujer... cuya cabeza... ¿me entendeis?... Debia preveniros, para que supieseis de antemano el caso que debe hacerse de lo que dice; á veces tiene tales extravagancias... Creedme, evitad la conversacion.

EDUARDO.

Está muy bien... os ruego que vayais aprisa.

ESCENA VII.

LA CONDESA ORSINA, EDUARDO GALOTTI.

CONDESA.

(*Mira á Eduardo con compasion, Eduardo la mira con cierta curiosidad.—Despues de una pausa.*) ¿Qué os ha dicho, desgraciado anciano?

EDUARDO.

(*Ap.*) ¡Desgraciado!...

CONDESA.

¿No dudo que no os habrá dicho una verdad, al menos de las que os amenazan?

EDUARDO.

¡De las que me amenazan!... ¡Pues qué! ¿aun no sé bastante?... Pero hablad, señora, hablad!...

CONDESA.

Vos no sabeis nada todavia.

EDUARDO.

¡Nada!

CONDESA.

¡Pobre padre! cuánto daria yo para poderos llamar tambien padre mio... No os cause sorpresa, los desgraciados se comprenden y quieren fácilmente; yo quiero compartir vuestros dolores, vuestra venganza...

EDUARDO.

¡Mis dolores!... mi venganza... Señora...(¡Mas ya me olvidaba!)... Con todo, hablad...

CONDESA.

¿Era vuestra hija única, vuestro único vástago? Mas ¡qué importa que fuese única! El hijo herido de la desgracia, logra siempre por entero el corazon de su padre.

EDUARDO.

¡El hijo herido de la desgracia!... Señora...—Mas ¿qué cosa puedo esperar de ella? Sin embargo no parece su lenguaje el de una loca.

CONDESA.

¡De una loca! ¡Ah! ¿eso es lo que os ha dicho de mí? Pero no es esa con todo una de sus mas groseras imposturas, lo sé muy bien; mas creedme: creedme: cuando uno ha pasado por ciertas pruebas, si no ha perdido la razon, es porque no la tenia para perderla.

EDUARDO.

(*Ap.*) ¿Qué debo pensar de esta mujer?

CONDESA.

Mas no me desprecieis, buen anciano, porque pronto podreis pareceros á mí. Lo conozco en vuestra fisonomía altiva y respetable, vos teneis mucho juicio que perder, y si os digo una sola palabra lo perdeis al instante.

EDUARDO.

¡Ah! señora, si no os dais prisa á explicaros creo que apenas lo tendré para oiros. Hablad, señora, ó no sois una de esas desdichadas cuya locura merece la compasion, ó el respeto tal vez. Hablad ó no sois mas que una loca vulgar, ó lo que sois hoy, habeis sido siempre.

CONDESA.

Pues bien, escuchadme. Vos creeis saberlo todo, creeis que Appiani está herido, herido solamente. Appiani ha muerto.

EDUARDO.

¡Muerto! ¡muerto! ¡Ah! ¡desgraciada! ¡amenazabas solo á mi juicio y has desgarrado mi corazon!

CONDESA.

Hay mas todavía; escuchadme. El novio ha muerto; y la novia vuestra hija... ¡desearéis tambien que hubiese muerto!

EDUARDO.

¡Que desearé la muerte de mi hija! ¿pues qué mayor desgracia podria yo temer? No hay mas que una que sea mayor; y si Emilia la hubiese experimentado, no viviria ya.

CONDESA.

No, buen anciano, no, vuestra hija no ha muerto; vive, comienza á vivir. Solamente hoy ha conocido las delicias de la vida, los portentos, los encantos que da el amor mientras dura.

EDUARDO.

Una palabra mas, señora, una sola palabra; la que debe terminar vuestra obra. No tireis el corrosivo veneno en la herida gota á gota; pronunciad la fatal palabra. Pronto, señora, pronto.

CONDESA.

Vos mismo la pronunciareis si me escuchais. Esta mañana el príncipe se ha concertado con vuestra hija en la iglesia; en este momento está encerrado con ella en esta casa cuya fama conoceis.

EDUARDO.

¿Esta mañana el príncipe ha hablado con mi hija en la iglesia?

CONDESA.

Él le hablaba con tal vivacidad, con tal ardor... Pero no era sin motivo; tenian que convenirse para un gran negocio. Vuestra hija se habrá dejado persuadir sin duda; y si ha venido aquí de buena voluntad, ya comprendereis que no media rapto en todo este asunto, no hay mas que un simple asesinato.

EDUARDO.

¡Calumnia! ¡infernal calumnia! Yo conozco á mi hija, y si el conde ha sido asesinado, Emilia ha sido arrebatada. (*Mirando en torno suyo, da patadas en el suelo y se abandona á su furor.*) ¡Y bien! ¡Claudia, tierna madre! ¡háblame todavía de los placeres de la corte, y del favor del príncipe y de sus atenciones por mi hija!

CONDESA.

¡Eso hace su efecto, anciano, hace su efecto!

EDUARDO.

Estoy en la madriguera de los bandidos, (*Mira bajo su capa y ve que se encuentra sin armas.*) y en la precipitacion de mi venida... (*Busca en sus faltriqueras y no encuentra nada.*) ¡Nada!... ¡absolutamente nada!

CONDESA.

Os comprendo, y por esta vez voy á seros tambien útil; yo he traido uno conmigo. (*Saca un puñal.*) Tomadlo, tomadlo pronto, antes que nadie vuelva. Yo me guardo todavía un poco de veneno, mas el veneno es bueno únicamente para nosotras, las mujeres, pero no para los hombres. ¡Tomadlo! (*Dándole el puñal.*) Tomadlo, os digo.

EDUARDO.

¡Gracias, yo te bendigo, querida jóven! ¡que venga ahora el que ha osado decirme que eres loca! ¡que venga!

CONDESA.

¡Ocultad ese instrumento de la venganza! ¡ocultadlo bien! yo no he podido encontrar la ocasion de hacerlo servir; pero esa ocasion no puede faltaros, y sabreis aprovecharla si sois hombre de corazon. Yo no soy mas que una mujer, y sin embargo he venido aquí con firme voluntad. Anciano, los dos podemos fiarnos uno á otro, porque los dos somos aquí los ofendidos, y los dos por el mismo traidor. ¡Oh! ¡si vos supierais, si pudieseis saber de la manera que me ha vendido, de la manera monstruosa inconcebible que me ha vendido! vues-

tro propio ultraje os pareceria insignificante cosa. ¿Me conoceis? Yo soy Orsina, esa Orsina seducida, abandonada... á causa de vuestra hija tal vez. Mas ¿qué importa? ella tambien se verá sacrificada á otra que á su vez lo será tambien por otra. ¡Ah! si algun dia pudiésemos todas las que haya sacrificado, convertidas en furias, en bacantes, rodearle, ahogarle, desgarrarle con nuestras manos, arrancar de sus entrañas el corazon que á todas prometia y que ninguna ha poseido! ¡qué venganza! ¡qué celestial placer!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS *y* CLAUDIA GALOTTI.

CLAUDIA.

(*Echando desde la puerta una mirada por toda la escena, ve á su marido y corre á él.*) ¡Lo habia adivinado! ¡Ah! ¡nuestro protector! ¡nuestro salvador! Tú estabas ahí, Eduardo; tus signos y miradas me lo habian indicado. ¿Qué debo decirte si no sabes nada? y si todo lo sabes ¿qué necesidad hay de repetírtelo? Pero somos inocentes: yo soy inocente; ¡tu hija es inocente, pura de toda mancha!

EDUARDO.

(*Al ver á su mujer habrá procurado hacer esfuerzos para contenerse.*) Bien, bien, cálmate y responde. (*Volviéndose á Orsina.*) Señora, no es porque dude de vos. (*A su mujer.*) ¿El conde ha muerto?

CLAUDIA.

¡Sí, ha muerto!

EDUARDO.

¿Es cierto que esta mañana en la iglesia el príncipe ha hablado á mi hija?

CLAUDIA.

Sí... ¡Mas si supieses el horror que le ha causado, la turbacion con que ha llegado á casa!

CONDESA.

¿Qué decís? ¿os habia engañado?

EDUARDO.

(*Con risa feroz.*) No, todo es verdad, estoy contento. No quisiera que hubiesen mentido.

CONDESA.

¿Estoy loca?

EDUARDO.

¿Y yo no conservo toda mi razon?

CLAUDIA.

Me has mandado que me calmase, y ya ves que te he obedecido. Amigo mio, ¿puedo suplicarte tambien?...

EDUARDO.

¿Qué quieres? ¿No estoy tranquilo? ¿Se puede estar mas tranquilo? (*Reprimiéndose.*) ¿Emilia sabe que Appiani haya muerto?

CLAUDIA.

No puede asegurarse; pero temo que lo sospechará no viéndole aquí.

EDUARDO.

¿Llorará, estará desesperada?

CLAUDIA.

No llora; en este momento está mas tranquila... tú la conoces, Emilia es la mas tímida á la par que la mas intrépida de las mujeres... no sabe reprimir sus primeras impresiones... pero despues de un momento de reflexion, vuelve en sí, y sabe suportarlo todo... la fria dignidad de sus palabras y ademan imponen al príncipe... Pero, Eduardo, sácanos de estos sitios.

EDUARDO.

He venido á caballo... ¿qué haré? (*A Orsina.*) ¿Señora, no volveis á la ciudad?

CONDESA.

Sin duda.

EDUARDO.

¿Tendriais la bondad de llevaros á mi mujer?

CONDESA.

¿Por qué no? con mucho gusto.

EDUARDO.

Claudia (*Presentándola á la condesa.*), la condesa Orsina, señora muy sensata, mi amiga, mi bienhechora. Véte con ella y mándanos al instante un coche... Emilia no volverá á Guastalla, me seguirá.

CLAUDIA.

¿Mas por qué?... ¿He de separarme tambien de mi hija?...

EDUARDO.

¿No queda á su lado su padre? nada de objeciones... Vamos, señora (*A Orsina.*), ya oireis hablar de mí. Ven, Claudia. (*Vanse.*)

ACTO QUINTO.

La accion continúa en Dosalo.

ESCENA PRIMERA.

MARINELLI, EL PRINCIPE.

MARINELLI.

Aquí, monseñor, desde esta ventana podeis

verle... se pasea bajo las arcadas... ahora se vuelve... parece que viene... ¡ah! no, continúa paseando... parece que no ha tomado todavía determinacion... sin embargo está mucho mas tranquilo... al menos lo parece, y para nosotros es todo lo que conviene... ¿Osará injuriaros con lo que esas dos mujeres le han metido en la cabeza? Bautista ha oido que su mujer tenia que mandarle un coche, porque él ha venido á caballo... Ya vereis, cuando comparezca ante vos, dará humildemente las gracias á vuestra alteza serenísima por la graciosa proteccion que se ha dignado dispensar á su familia; os recomendará su persona y la de su hija á las bondades del príncipe... y se marchará en seguida muy contento á la ciudad, donde aguardará con profunda sumision las muestras del recuerdo que su alteza se dignará conservar de su querida y desventurada hija...

PRÍNCIPE.

Pero si no se mostrase tan sumiso, lo que me temo mucho, porque le conozco bastante; si á duras penas disimulase sus sospechas, reprimiese su furor, y en vez de llevar á Emilia á la ciudad, la quisiese guardar á su lado ó encerrarla en un convento fuera de mis Estados... ¿qué haríamos entonces?

MARINELLI.

El amor es muy ingenioso para encontrar motivos de temor y tormento... No hará nada de todo eso.

PRÍNCIPE.

Y si lo hace, ¿qué habremos sacado entonces de la muerte de ese pobre conde?

MARINELLI.

¿A qué viene recordar tan tristes imágenes? Adelante... es la palabra del vencedor: ¿debe importarle nada que en su marcha triunfal caigan en torno suyo amigos ó enemigos?... mas.. con todo, si el viejo gruñon se obstinase en seguir la conducta que vos temeis... (*Reflexiona.*) Bueno... eso es: os prometo que haga lo que quiera no podrá ejecutar el proyecto... Mas no le perdamos de vista. (*Se acerca á la ventana.*) Habrá pensado sorprendernos... Viene hácia aquí... Evitemos su primer ímpetu, y venid á enteraros de lo que he imaginado para el caso que temeis.

PRÍNCIPE.

(*Con tono amenazador.*) ¡Marinelli!...

MARINELLI.

¡Oh! no hay nada que no sea completamente inocente... (*Vanse.*)

ESCENA II.

EDUARDO GALOTTI.

Nadie aquí... mejor... aprovechemos esta soledad para calmarnos mas aun... Nada mas ridículo que esos arranques de jóven, cuando se tiene la cabeza poblada de canas... sin cesar lo repito, y sin embargo me he dejado arrebatar... y ¿por quién? por una insensata mujer celosa y vengativa. ¿Qué hay de comun entre la virtud oprimida y la venganza del vicio? pensemos solamente en salvar á mi hija... y ¿quién vengará á mi hijo? ¡Hijo mio! ¡jamás habia sabido llorar!... hoy sí, ¡hoy sé llorar! Hijo mio, otro se encargará de vengarte... Yo haré lo bastante con impedir que tu asesino recoja el fruto de su crimen... ¡y sírvale de remordimiento ese pesar!... Hastiado de los placeres, y perseguido por el disgusto, ¡sea el recuerdo de esa esperanza frustrada el veneno que mate todos sus goces... y vea en sus turbados sueños al novio ensangrentado llevar hasta el lado de su lecho la novia, y que cuando tienda los brazos para cogerla, oiga á las furias reir al fondo del infierno, y se despierte!

ESCENA III.

MARINELLI, EDUARDO GALOTTI.

MARINELLI.

¡Hola! señor, ¿dónde os habeis metido?

EDUARDO.

¿Ha venido aquí mi hija durante mi ausencia?

MARINELLI.

Vuestra hija no, pero sí el príncipe.

EDUARDO.

Espero que me perdonará, he ido á acompañar á la condesa.

MARINELLI.

¿A la condesa Orsina?

EDUARDO.

¡Pobre mujer!

MARINELLI.

¿Y vuestra esposa?

EDUARDO.

Ha salido con la condesa, y me mandará un coche para volvernos. Desearia que el príncipe tuviese la bondad de permitir que mi hija y yo quedásemos aquí para aguardar el coche.

MARINELLI.

¿Por qué tanta incomodidad? el príncipe ha-

bria tenido el placer de conducir por sí mismo á madre é hija á Guastalla.

EDUARDO.

Mi hija no habria podido aprovecharse de ese honor.

MARINOLLI.

¿Y por qué?

EDUARDO.

No volverá á Guastalla.

MARINELLI.

Pero ¿por qué?

EDUARDO.

El conde ha muerto.

MARINELLI.

Razon de mas, á mi parecer.

EDUARDO.

¡Mi hija me seguirá!

MARINELLI.

¿Os seguirá?

EDUARDO.

Sí. El conde ha muerto... ¿no lo sabeis? Mi hija no tiene nada que hacer en Guastalla, y me seguirá.

MARINELLI.

Es ciertamente muy natural que la habitacion de una hija dependa de la voluntad de su padre... con todo, me parece que por de pronto...

EDUARDO.

¿Qué?...

MARINELLI.

Sin duda conocereis que es conveniente que vuestra hija vuelva á Guastalla...

EDUARDO.

Que mi hija vuelva á Guastalla... ¿por qué?

MARINELLI.

¿Por qué? ¿pues no considerais?...

EDUARDO.

Todo está considerado, señor, no nos apuremos por tales cosas... es fácil que me equivoque; lo que yo creia necesario tal vez no lo sea en efecto... El príncipe podrá juzgar mejor que nosotros, él decidirá: voy á buscarle...

ESCENA IV.

EDUARDO, *solo*.

¿Qué significa eso?... Prescribirme á dónde debe ir... sustraerla á mi autoridad... ¿Quién puede quererlo?...¿quien osará intentarlo? ¿El que se atreve á todo lo que quiere?... ¡Bien, bien!... yo le probaré tambien lo que yo puedo osar. Sí, acepto tu desafío, hombre imprudente y bárbaro. El que no teme á la ley es tan poderoso como el que la da; si acaso lo ignoras, ven, yo te lo probaré!... Mas otra vez me arrebato y sin saber por qué... ¿Quién sabe si lo que imagino no tiene el menor fundamento? Y al fin y al cabo, ¿qué significan las habladurías de un chambelan?... Sin embargo, yo debia dejarle hablar, y habia sabido con qué pretexto pretenden que mi hija vuelva á Guastalla... y habria podido meditar mi respuesta. No me faltaran sin duda buenas razones, pero si me faltasen... ¡si me faltasen!... Aquí vienen; silencio... Viejo niño, calma, calma.

ESCENA V.

EL PRINCIPE, MARINELLI, EDUARDO GALOTTI.

PRÍNCIPE.

¡Ah! mi querido y bravo Galotti; ¿es á ese triste suceso á lo que debo el veros aquí? ¿era preciso un caso tal para atraeros á mi casa? mas no quiero culparos.

EDUARDO.

Monseñor, yo no creo que sea conveniente fatigar al príncipe con importunas asiduidades; á él le toca llamar á los que juzga que pueden servirle con provecho; pero de todos modos, os pido perdon, si...

PRÍNCIPE.

Galotti, tanta reserva no es sin duda ajena al orgullo. Con todo, desearia que otros os imitasen. Vamos al asunto: vos estais impaciente por ver á vuestra hija: la marcha repentina de su tierna madre ha renovado sus tormentos... Mas ¿por qué se ha marchado? Yo esperaba que la amable Emilia estuviese completamente repuesta de su espanto para llevar á las dos señoras á la ciudad... Vos me habeis arrebatado la mitad del placer, pero no permitiré que me le arrebateis por entero.

EDUARDO.

Es demasiada bondad... Permitidme, príncipe, que ahorre á mi desventurada hija los pesares é importunidades de todo género que la asediarian en Guastalla... Los amigos, los enemigos, la compasion, la envidia...

PRÍNCIPE.

Seria una barbaridad sustraerla á las atenciones de los amigos; en cuanto á la envidia de sus enemigos, estad seguro de que nada tiene que temer vuestra hija, querido Galotti. Yo me encargo de evitar que este pesar la atormente.

EDUARDO.

El corazon de un padre reclama este cuidado

para si solo; yo sé, lo creo al menos, el partido que le conviene á mi hija en esta situacion... La separacion del mundo, un convento cuanto antes posible...

PRÍNCIPE.

¡Un convento!...

EDUARDO.

En el interin llorará en los brazos de su padre.

PRINCIPE.

¿Tanta belleza habria de marchitarse en un claustro? ¿Por qué habria de dejarla irreconciliable con el mundo una sola esperanza frustrada? Mas nadie tiene el derecho de contradecir á un padre... Llevaos á vuestra hija, Galotti... á donde lo juzgueis conveniente.

EDUARDO.

(*A Marinelli.*) Ya lo veis..

MARINELLI.

Si me interperlais, os...

EDUARDO.

En manera alguna, señor.

PRÍNCIPE.

¿Qué hay pues entre vosotros?

EDUARDO.

Nada, monseñor, nada; recordaba solamente que uno de los dos se habia engañado respecto de vuestra alteza.

PRÍNCIPE.

¿Cómo? Hablad, Marinelli.

MARINELLI.

Me es verdaderamente muy sensible aventurar las gracias de mi príncipe... pero los deberes de la amistad me obligan ante todo á reclamar justicia.

PRÍNCIPE.

¿De qué amistad hablais?

MARINELLI.

Ya sabeis, monseñor, cuánto queria yo al conde Appiani... cuán adictos y fieles eran nuestros corazones.

EDUARDO.

¿Conociais en efecto esa amistad, príncipe? Nadie lo habia observado jamás.

MARINELLI.

Encargado por él mismo de vengar su muerte..

EDUARDO.

¿Vos?

MAPINELLI.

Si lo dudais, preguntádselo á vuestra esposa; mi nombre, el nombre de Marinelli es la última palabra que el conde ha pronunciado al morir, y su acento, su terrible acento resonaria eternamente en mis oidos si no emplease todos los recursos, hasta lograr que sus asesinos sean descubiertos y castigados.

PRÍNCIPE.

Contad con todo mi apoyo.

EDUARDO.

Y con todos mis mas sinceros esfuerzos... pero ¿qué mas?

PRÍNCIPE.

Hablad, Marinelli, os escuchamos.

MARINELLI.

Se tienen sospechas de quo no son ladrones lo que han asaltado al conde.

EDUARDO.

(*Con desden.*) ¿Se tienen sospechas?... ¡y vos lo creeis!

MARINELLI.

Se dice que uu rival ha querido deshacerse de él.

EDUARDO.

(*Con amargura.*) ¡Ah! ¿un rival?...

MARINELLI.

Sí, señor.

EDUARDO.

Pues bien, caiga sobre este miserable asesino el castigo de Dios.

MARINELLI.

Un rival, y un rival favorecido.

EDUARDO.

¡Cómo! ¿un rival favorecido?... ¿Qué quereis decir?

MARINELLI.

Me limito á repetir las murmuraciones del público.

EDUARDO.

¿Un rival favorecido? ¿favorecido por mi hija?

MARINELLI.

Esto no es verdad, yo rechazo como vos tales sospechas... son tan vulgares como inverosímiles; pero en fin, monseñor, no es sobre las apariencias, aun las mas probables, sobre lo que pronuncia su fallo la justicia, y en tal estado de cosas, no se podrá prescindir sin duda de interrogar á la hermosa afligida.

PRÍNCIPE.

Es verdad.

MARINELLI.

¿Y no es en Guastalla, en Guastalla únicamente donde debe seguirse este asunto?

PRÍNCIPE.

Teneis razon, Marinelli, teneis razon; la cuestion cambia de aspecto, querido Galotti, ¿no es verdad?... vos mismo veis...

EDUARDO.

¡Oh! sí, ya veo, ya veo lo que es evidente. ¡Dios eterno!...

PRÍNCIPE.

¿Pero qué teneis? ¿qué decís, querido Galotti?

EDUARDO.

Que no habia previsto lo que veo, y que me aflige infinito, nada mas... Pues bien, mi hija irá á Guastalla... yo misma voy á llevarla al lado de su madre, y hasta que la informacion mas minuciosa haya disipado todas las sospechas, no dejaré la ciudad, porque ¿quién sabe si la justicia juzgará conveniente interrogarme tambien?

MARINELLI.

En efecto, seria muy posible, pues en tales casos la justicia tiene la costumbre de hacer mas que menos, y hasta temo...

EDUARDO.

¿Qué? ¿qué mas podeis temer?

MARINELLI.

Que antes del interrogatorio, no se permita que madre é hija puedan comunicarse.

EDUARDO.

¡No comunicarse las dos!

MARINELLI.

Quizá haya la precision de separarlas una de otra.

EDUARDO.

¡Separarlas!

MARINELLI.

Sí, separar á la madre, á la hija, al padre; la forma del procedimiento exige absolutamente esa precaucion; y con sentimiento, monseñor, me veo obligado á insistir con empeño en que Emilia, cuando menos, sea colocada bajo una guardia particular.

EDUARDO.

¡Bajo una guardia particular! ¡Príncipe! ¡príncipe! Pero teneis razon, no hay duda... una guardia particular, ¿no es verdad, príncipe? ¡Oh! ¡cuán hábil es la justicia! ¡es admirable! (*Mete precipitadamente la mano en la faltriquera donde tiene escondido el puñal.*)

PRÍNCIPE.

(*Acercándosele con aire dulce y bondadoso.*) Sosegaos, querido Galotti.

EDUARDO.

(*Ap. Saca la mano sin el puñal.*) Es un ángel bueno el que ha hablado.

PRÍNCIPE.

Os engañais, no lo habeis comprendido bien. Ha hablado de una guardia particular; y vos creeis que ya se trata de prisiones y calabozos.

EDUARDO.

¡Ah! dejádmelo creer así, y estoy resignado.

PRÍNCIPE.

No, Marinelli, no hableis de calabozos. Conviene conciliar en este caso el rigor de la ley con las atenciones debidas á una virtud irreprochable. Si es menester guardar á Emilia bajo una vigilancia particular, ya sé yo cuál es la sola que podrá convenirle, la casa de mi canciller. Nada de réplica, Marinelli, yo mismo la llevaré allí, y la recomendaré á los miramientos de aquellas respetables mujeres; y ellas me responderán de ella. Si exigís mas, Marinelli, os diré que llevais las cosas hasta el extremo y mas de lo conveniente. Galotti, ¿conoceis al canciller Grimaldi y á su esposa?

EDUARDO.

¿Lo dudais? Tambien conozco á las amables hijas de esa noble pareja, y ¿quién no las conoce? (*A Marinelli.*) No, señor, no cedais; si Emilia ha de ser vigilada, que se la encierre en un calabozo. Insistid, os lo suplico. (*Ap.*) Pero ¿á qué vienen esas súplicas, viejo estúpido? ¡Oh! razon tenia aquella buena loca: aquel cuya razon resiste á ciertas pruebas, no tenia razon que perder

PRÍNCIPE.

No os entiendo, querido Galotti. ¿Qué mas puedo hacer? Nada de dificultades, os lo ruego. Sí, sí, en casa de mi canciller; allí estará bien; yo mismo la conduciré, y si no se la trata allí con las mas exquisitas atenciones, decid que no se puede contar con mi palabra; pero quedad libre de toda inquietud. Así pues, todo está arreglado, todo está entendido, ¿no es eso? Tocante á vos, Galotti, sois completamente libre de hacer todo lo que os convenga; podeis seguirnos á Guastalla, ó volver á Sabionetta si lo preferís; seria ridículo quereros obligar... Conque, adios; hasta otro rato, querido Galotti. Seguidme, Marinelli, es muy tarde.

EDUARDO.

(*Que ha quedado absorto en sus pensamientos.*) ¡Cómo! ¿y ni siquiera podré hablar á mi hija? ¿aquí al menos no puedo hablarle una vez no mas? Consiento en todo, lo apruebo todo,

la casa del canciller es sin duda un asilo seguro para la virtud de una hija; llevad allí la mia, monseñor, llevadla á esa casa; pero antes quisiera verla. Todavía no sabe la muerte del conde, y no comprenderá por qué se la tiene así separada de sus padres; conviene que yo la hable para noticiarle con precaucion la pérdida que ha sufrido y para explicarle nuestra ausencia. ¿No podré hablarle, pues, monseñor? ¿no me lo permitis?

PRÍNCIPE.

Vamos, entrad á verla, Galotti.

EDUARDO.

¿Por qué, monseñor, no ha de venir la hija á encontrar al padre? Hacedla venir aquí, monseñor, dejad que hable con ella algunos momentos, y no la detendré mas.

PRÍNCIPE.

Está bien, Galotti. ¡Oh! si quisierais ser mi amigo, mi guia, mi padre!

ESCENA VI.

EDUARDO GALOTTI, *solo.*

(*Mirando salir al príncipe.—Despues de una pausa.*) ¿Por qué no? con mucho gusto ¡pardiez! ¡Ja, ja, ja! (*Mirando en torno suyo con mirada torva.*) ¿Quién ha reido? ¡Por Cristo! creo que he sido yo mismo. Pero ¿no hay motivo para ello? ¿no es en verdad divertido? Se acerca el fin del drama, sea cual fuere el desenlace. (*Silencio.*) Sin embargo si ella se entendiese con él; si todo eso no fuese mas que una comedia vulgar; si no fuese ella digna de lo que pienso hacer por ella... (*Pausa.*) Pero ¿cuál es pues el premio que yo destino á la virtud? ¿Tengo valor para confesármelo á mi propio? ¿puedo siquiera soportar tal pensamiento? ¡Horrible pensamiento! ¡Huyamos! no quiero aguardarla. (*Levanta los ojos al cielo.*) ¡Gran Dios! tú has querido que fuese inocente y oprimida; á tí te toca salvar su virtud. ¿Tienes acaso necesidad de mi brazo?... ¡Huyamos! (*Quiere irse y encuentra á Emilia.*) Es tarde, Dios la entrega á mi brazo; él la llama.

ESCENA VII.

EMILIA, EDUARDO GALOTTI.

EMILIA.

¡Cómo! ¡vos aquí, padre mio! vos solo, y mi madre ¿no está con vos? ¿el conde tampoco? estais muy agitado, padre mio.

EDUARDO.

Y tú, hija mia, estás muy tranquila.

EMILIA.

¿Por qué no he de estarlo? O no he perdido nada, ó mi mal no tiene remedio. Sea cual fuere mi destino, la calma ó la resignacion no han de faltarme.

EDUARDO.

¿Y qué piensas de tu destino?

EMILIA.

Que todo se ha perdido para mí, y que debo resignarme, padre mio.

EDUARDO.

¿Y porque debes, lo puedes? ¿Quién eres? una jóven niña. ¡Oh! hija mia, tu anciano padre tiene que avergonzarse ante tí por su debilidad! Mas dime, ¿crees haberlo perdido todo porque el conde ha muerto?

EMILIA.

¿Conque ha muerto?... ¿conque era verdad? las miradas de mi madre, sus ojos extraviados y anegados en llanto, me habian indicado ese horrible acontecimiento... Mas ¿dónde está? ¿dónde está mi madre?

EDUARDO.

Se ha marchado y nos espera.

EMILIA.

¿Pues qué tardamos? si el conde ha muerto, ¿qué hacemos aquí ya? Huyamos, padre mio, huyamos.

EDUARDO.

¿Huyamos? ¿y qué medio tenemos de huir? Tú estás y habrás de quedarte en poder de tu raptor.

EMILIA.

¿Que me quedaré en su poder?...

EDUARDO.

Sola, separada de tu madre y de mí...

EMILIA.

¿Yo quedarme sola en su poder?... ¡Jamás!... ¡oh, vos no sois mi padre!.. ¡Yo quedarme sola en su poder!... Y bien, abandonadme, no me opongo... veremos quién osará detenerme... ¿y quién es el hombre sobre la tierra que tiene derecho á obligar á otro?...

EDUARDO.

¿No decias que estabas resignada, hija mia?

EMILIA.

Si, y lo estoy; pero ¿consiste la resignacion en cruzarse de brazos y sufrir pacientemente la violencia y la vergüenza?

EDUARDO.

¡Oh! ¡noble y generoso valor! deja que te estreche en mis brazos, hija querida. Siempre he dicho... que la mujer es la obra maestra

del universo; la naturaleza la creó sobre un modelo mas delicado que el hombre, todo en ella es superior á nosotros. ¡Ah! tu resolucion me vuelve toda la mia. Abrázame otra vez, hija mia. Escúchame... bajo pretexto de un procedimiento judicial... ¡oh intriga del infierno! quieren arrancarte de nuestros brazos y entregarte á los Grimaldi... Emilia!

EMILIA.

¡Arrancarme de vuestros brazos y entregarme á los Grimaldi, padre!... ¿decís que quieren arrancarme, entregarme?... pero ¿no tenemos tambien nosotros una voluntad, padre mio?

EDUARDO.

¡Estaba tan furioso en el primer momento!... mira, habia cogido este puñal para atravesar el corazon á uno de los dos.

EMILIA.

Por el amor del cielo, no hagais tal, padre mio... la vida es todo el tesoro de los malvados... A mí, padre mio, á mí me debeis dar ese puñal...

EDUARDO.

¡Niña adorada! esto no es una joya para adornar tu tocado.

EMILIA.

Teneis razon; una joya de mi tocado me servirá en su lugar.

EDUARDO.

¡Oh Dios! ¿á tal punto estaríamos reducidos?.. ¡No, todavía no, hija querida! Piénsalo bien; no tienes mas que una vida que perder.

EMILIA.

Y una inocencia que conservar...

EDUARDO.

Tu virtud vencerá la violencia.

EMILIA.

Mas ¿vencerá la seduccion?... ¡La violencia!.. ¿quién cederia á la violencia? la violencia es una palabra que carece de sentido, la seduccion es la verdadera violencia. Padre mio, estoy en la flor de la juventud, de la vida; por mis venas circula y se anima la sangre de mi edad; mi pecho no es de mármol; lo conozco muy bien, y no puedo responder de mí misma: esa casa de los Grimaldis... la conozco... Allí se respira voluptuosidad... pasé una hora en ella al lado de mi madre... y para calmar la rebeldía de mis sentidos, tuve que hacer por espacio de algunas semanas las prácticas mas austeras de la religion... ¡Religion de pureza, tú has coronado á esos miles de vírgenes que se precipitaron en las aguas para escapar á un peligro menor que el que me amenaza!... Padre mio, dadme ese puñal, dádmele...

EDUARDO.

¡Ah! ¡si supieses la mano que me lo ha dado!..

EMILIA.

¿Qué importa que la conozca ó no? ¿es menos amigo, un amigo desconocido? Dádmele, padre mio, dádmele...

EDUARDO.

¡Tú lo quieres!... ahí está. (*Dándole el puñal.*)

EMILIA.

¡Aquí está! (*En el momento en que va á herirse le arranca el puñal su padre.*)

EDUARDO.

¡Detente!... no, no ha de servir para ti...

EMILIA.

Teneis razon... una joya de mi tocado bastará. (*Lleva la mano á la cabeza para tomar el largo alfiler que sujeta su peinado, y coge la rosa que adornaba sus cabellos.*) ¡Estabas aquí todavía!... Pobre flor, símbolo de la inocencia, no me corresponde llevarte ya en mi cabeza... mi padre no quiere que tenga ya ese derecho...

EDUARDO.

¡Qué, hija de mi alma!...

EMILIA.

¡Oh! padre mio, ¿os he comprendido bien? Pero no, si fuese tal vuestro pensamiento, no temblariais como temblais. (*Con amargura en tanto que deshoja la rosa.*) Antiguamente hubo un padre que para salvar á su hija de la vergüenza, le clavó en el corazon un puñal bienhechor. Y le dió mas que la vida; pero esas acciones son de los tiempos pasados; hoy ya no hay tales padres...

EDUARDO.

(*Dando un grito como un loco.*) ¡Hija querida, los hay todavía!... (*Le da una puñalada.*) ¡Gran Dios! ¿qué he hecho? (*Emilia cae y la recibe su padre en sus brazos.*)

EMILIA.

Habeis arrancado una rosa antes que la ajara el aliento de la tempestad... Dejadme besar esa mano paternal.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL PRINCIPE, MARINELLI.

PRÍNCIPE.

(*Saliendo.*) ¿Qué gritos son esos? ¿Se encuentra mal Emilia?

EDUARDO.

¡Se encuentra bien... ¡muy bien!

PRÍNCIPE.

(*Se acerca.*) ¿Qué veo? ¡oh espectáculo de horror!

MARINELLI.

¡Desgraciado de mí!

PRÍNCIPE.

Padre bárbaro, ¿qué habeis hecho?...

EDUARDO.

He arrancado una rosa antes que el aliento de la tempestad la ajara... ¿no es verdad, hija mia?

EMILIA.

No habeis sido vos, padre mio... he sido yo, yo misma...

EDUARDO.

No, hija mia, no has sido tú... sal de ese mundo pura de toda mentira. No has sido tú, sino tu padre... ¡tu desventurado padre!

EMILIA.

¡Ah! ¡padre!... (*Muere. Eduardo la coloca suavemente en tierra.*)

EDUARDO.

Aquí la teneis... príncipe... ¿os agrada todavía? ¿bañada en esa sangre que clama venganza contra vos, excita todavía vuestros deseos? (*Despues de una pausa.*) Pero vos aguardais el fin... tal vez pensais que ahora volveré contra mí ese puñal para acabar como en el teatro... os engañais .. ¡Ah! (*Arroja el puñal á sus piés.*) Ahí teneis un testigo sangriento de mi crimen... yo me doy preso... os aguardo como mi juez, ¡y despues os aguardaré yo ante el Juez de todos!

PRÍNCIPE.

(*Mira con terror y desesperacion el cadáver de Emilia. Despues de una pausa se dirige á Marinelli enseñándole el puñal.*) ¿Te atreverás á recogerlo?... (*Marinelli lo recoge.*) Y bien, ¿vacilas... miserable? (*Le arranca el puñal.*) Pero no, tu sangre no debe mezclarse con la suya.. ¡Véte de mi presencia!... ¡véte digo! ¡Gran Dios! ¿no es bastante desdicha para el mundo el que los príncipes sean hombres?... ¿es menester aun que sus amigos sean demonios?...